

EN CAMINO CON DON BOSCO

Subsidio de preparación a la peregrinación de la urna de Don Bosco
Subsidio práctico de oración ante la urna

PARTE I VIDA DE SAN JUAN BOSCO

1. INTRODUCCIÓN DE LA PRIMERA PARTE

2. PERFIL BIOGRÁFICO DE SAN JUAN BOSCO

- **Juancito Bosco** (1815-1830)
Ficha para niños y preadolescentes
- **El joven Juan Bosco** (1830-1841)
Ficha para adolescentes y jóvenes
- **Don Bosco y el inicio del Oratorio** (1841-1846)
Ficha para jóvenes-adultos y animadores
- **Don Bosco fundador consolida su obra** (1846-1869)
Ficha de reflexión para educadores y adultos
- **Don Bosco anciano sostiene su obra** (1869-1888)

Parte I: Vida de San Juan Bosco

Introducción

La finalidad principal del Sistema Preventivo ideado y vivido por Don Bosco es sin duda la santidad. Don Bosco deseaba que sus salesianos se hicieran santos y educadores de santos. Domingo Savio, después de haber escuchado un sermón sobre la santidad hecho por el mismo Don Bosco, le escribió un papelito con una frase muy seria: “Ayúdeme a hacerme santo”. El famoso sermón estaba dividido en tres puntos:

1. Dios quiere que todos nos hagamos santos.
2. Es muy fácil lograrlo.
3. Para quien se hace santo está preparado un gran premio en el cielo.

Si éste era el deseo principal de Don Bosco, debemos dedicarnos a realizarlo. La *peregrinación de la urna de Don Bosco* quiere cabalmente alentarnos a seguir el ejemplo del santo: es la razón por la cual hemos pensado preparar este subsidio.

La primera parte *narra los episodios salientes de la vida de San Juan Bosco*, y está dividida en cinco secciones, según las etapas significativas de su crecimiento. Tendremos por tanto la historia de *Juancito Bosco*, del *joven Juan Bosco*, de *Don Bosco recién entrado en la edad adulta*, del *hombre maduro* y, finalmente, del *sacerdote anciano* que se prepara al Paraíso.

A final de cada narración, menos la última, **son introducidas fichas de trabajo** que ayudan al lector a **poner en evidencia algunas de las virtudes** que el santo ha vivido en forma heroica en esa etapa particular de su vida.

De esta forma el salesiano o el educador atento podrá ofrecer a los niños, a los muchachos, a los jóvenes y a los mismos padres algunos *puntos concretos* de reflexión que tal vez los ayudarán a vivir con mayor provecho el paso de la urna en su propia comunidad. Las virtudes están pensadas partiendo de la experiencia que vive la faja de edad interpelada. Para el niño se hablará, por ejemplo, de la importancia de la obediencia y de la oración; para el adolescente, del cumplimiento del deber y de la primacía del ser sobre el poseer; para el adulto, de la unión con Dios.

Las fichas hay que leerlas junto con los párrafos del texto y pueden ser colocadas directamente en las manos de los muchachos o de los jóvenes, porque el lenguaje está adaptado a ellos. Para los *niños* y los *adolescentes* están organizadas en la forma siguiente:

1. Presentación de la virtud.
2. Actualización.
3. Propuestas de compromisos concretos.

Las reflexiones para *animadores*, *jóvenes* y *educadores* parten del texto y ahondan algunas temáticas útiles para interceptar la vida de los lectores: antes proponen el argumento, después ponen preguntas de control, sugiriendo en forma explícita o implícita algunas líneas de acción.

Su lectura y empleo pueden ser útiles; como quiera, son inspiraciones.

Un texto breve pero completo de la vida de San Juan Bosco, además, nos parece en sí mismo un instrumento válido para el lector. La fantasía y la genialidad de los educadores sabrán ciertamente conseguir el material necesario para las situaciones concretas y adaptarlo: es ésta la finalidad de un subsidio.

Nuestro San Francisco de Sales, con una analogía de la que gustaba mucho, nos ha recomendado: “Hagamos como las abejas que, de cada flor, toman lo mejor para preparar una miel muy sabrosa”.

Juancito Bosco (1815-1830)

Huérfano de padre

Juan Bosco nació en los Becchi el 16 de agosto de 1815 en una familia de campesinos. Los Becchi son un puñado de casas a medio camino entre Capriglio y Castelnuovo d'Asti. El padre de Juan se llamaba Francisco y la madre Margarita Occhiena. Francisco se había casado con Margarita después de quedar viudo con un niño, el pequeño Antonio. La pareja tuvo dos hijos: José y Juan. Juancito tenía apenas dos años cuando perdió al papá a causa de una pulmonía. Don Bosco dirá que el primer recuerdo de su vida se refería cabalmente a la muerte del padre: todos salían del cuarto donde Francisco acababa de fallecer y él no quería moverse. Entonces la mamá le dijo:

- Ven conmigo, Juan -. Pero él contestó:
- Si no viene papá, yo no vengo -. Y Margarita:
- Pobre hijo, ¡tú ya no tienes papá!

Y juntos lloraron largo.

Mamá Margarita se encontró cabeza de familia a los veintinueve años. Sola, tuvo que cuidar a la anciana madre de Francisco, a Antonio y a los pequeños José y Juan. Sin dar cabida al desaliento, se arremangó y comenzó a trabajar.

Tantas cosas que hacer

La vida en los Becchi era bastante dura: por la mañana había que ir a trabajar en el campo, cortar la hierba, arar el terreno, sembrar y recoger el trigo. La viña, además, exigía muchos cuidados, especialmente en el tiempo de la vendimia. ¡Pero no solo eso! Había que pensar en la casa, en la cocina, el lavado de ropa, ir al pozo por agua y, además, cuidar de los animales y del establo. Así crecía Juancito, ayudando a su madre como podía: iba por leña, traía agua, pelaba las legumbres, limpiaba el establo... Cuando todavía no era fuerte para trabajar la tierra como hacía Antonio, con José llevaba los animales al potrero y, entre una y otra ida, jugaba en los prados y atendía a las demás tareas.

Las veces que iba solo, llevaba en un bultito una suave tajada de pan de harina de trigo: su merienda. En los potreros lo esperaba un amigo suyo, el cual como merienda tenía una tajada de pan negro, pesado y duro, hecho con harina de maíz y centeno, ciertamente no muy bueno.

Un día Juan pasó al compañero su tajada de óptimo pan blanco, diciendo:

- Toma, es tuya.
- ¿Y tú?
- Prefiero tu pan negro.

Con frecuencia encontraba a los amigos de las granjas cercanas, no todos muchachos muy de fiar: algunos decían malas palabras y se portaban prepotentes. Jugaban a un juego llamado «lipa», parecido en algo al base-ball de hoy. Después de uno de esos encuentros, volvió a casa con el rostro que chorreaba sangre: un proyectil de madera lo había golpeado en la cara. Mamá Margarita se preocupó y, mientras lo curaba, le dijo:

- El día menos pensado vuelves a casa con un ojo arruinado. ¿Por qué vas con esos chicos? Lo sabes que algunos son poco recomendables.
- Si es para darte gusto, no voy más. Pero mira, cuando estoy yo, se portan mejor.

Mamá Margarita suspiró y lo dejó ir.

No hay que olvidarse de rezarle al Señor

Cuando en las noches de verano Margarita y los hijos se encontraban al aire libre para conversar un rato, la buena mamá decía:

- Es Dios quien ha creado el mundo y colocado allá arriba tantas estrellas. Si es tan bello el firmamento, ¿qué cosa será el Paraíso?

Cuando a lo largo del camino encontraban un prado florecido:

- ¡Cuántas cosas bellas ha hecho el Señor para nosotros!

Si por el contrario se desataba una tormenta, y truenos y relámpagos asustaban a todos, Margarita los tranquilizaba así:

- ¡Cuán poderoso es el Señor! ¿Quién podrá resistirle? ¡No cometamos pecados!

Juancito escuchaba, y aprendía de los labios de la madre a respetar al Señor. En esa casa a mediodía se interrumpía toda tarea para rezar el Angelus, tres veces al día saludaban juntos a la madre de Dios. Por la mañana, por la noche y antes de comer se rezaba. Cuando los hijos iban a los prados cercanos para jugar, la mamá recomendaba constantemente:

- ¡Recordad que Dios os ve y que lee también vuestros pensamientos!

Juancito de ello se recordaba y, aunque a veces armara alguno de sus líos, nunca dejaba de agradecer al Señor. Llegado a ser Don Bosco, contará: “Cuando era todavía muy pequeño, mi madre me enseñó las primeras oraciones. En cuanto fui capaz de unirme a mis hermanos, me hacía arrodillar con ellos mañana y noche. Recuerdo que fue ella quien me preparó a la primera confesión”.

Un sueño que cambia la vida

La vida del pequeño Juan sigue tranquila entre trabajo, un poco de escuela y oración. Una noche, diversa de todas las demás, hace un sueño muy raro. Lo contará él mismo algunos años más tarde:

“A los nueve años hice un sueño que me quedó profundamente impreso en la mente por toda la vida. En el sueño me pareció hallarme cerca de casa, en un patio muy grande, donde estaba reunido un gran número de muchachos que jugaban. Algunos reían, no pocos blasfemaban. Al escuchar esas blasfemias me eché en seguida en medio de ellos, con golpes y palabras para hacerlos callar.

En ese momento apareció un Hombre encantador, vestido noblemente. El rostro era tan luminoso que no podía mirarlo. Me llamó por nombre y me dijo:

- No con los golpes, sino con la paciencia y la bondad deberás conquistar a estos amigos tuyos. Explica inmediatamente a estos muchachos lo feo que es vivir en el pecado y cómo por el contrario es hermoso vivir en la amistad con Dios.

Confundido y espantado contesté que yo era un chico pobre e ignorante. En ese momento los muchachos, interrumpiendo las peleas y la bulla, se reunieron todos alrededor de ese Hombre que hablaba. Casi sin darme cuenta de lo que estaba diciendo, pregunté:

- ¿Quién es usted, que me ordena cosas para mí imposibles?
- Yo soy el Hijo de esa Señora que tu madre te ha enseñado a saludar tres veces al día. Mi nombre pregúntaselo a mi Madre.

En ese momento apareció junto a él una mujer de aspecto majestuoso, revestida de un manto que resplandecía como el sol. Viéndome confundido, me hizo seña de acercarme, me tomó con bondad de la mano y me dijo:

- ¡Mira!

Mirando me di cuenta que esos muchachos habían huido todos; en su lugar apareció un gran número de cabritos, de perros, de gatos, de osos y varios otros animales.

- He aquí tu campo, he aquí donde tendrás que trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto: y lo que en este momento ves que les pasa a estos animales, tú lo harás para mis hijos.

Volví entonces la mirada, y he aquí: en vez de animales feroces aparecieron otros tantos dóciles corderos, que brincaban y corrían balando, como para hacer fiesta, en torno de ese Hombre y de esa Señora.

En ese punto, siempre en el sueño, rompí a llorar, y rogué a esa Señora que me hablara en forma clara, porque yo no comprendía nada de lo que me decía. Entonces me puso la mano sobre la cabeza y me dijo:

– A su tiempo todo lo comprenderás.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando un ruido me despertó y todo desapareció. Yo quedé aturdido. Me parecía tener las manos que me dolían por los puñetazos que había dado y la cara me quemara por los bofetones recibidos de esos malos muchachos”.

Al despertar Juancito saltó de la cama, rezó una breve oración y bajó corriendo a la cocina, donde se encontraban ya su madre, la abuela y los hermanos José y Antonio. No logró aguantar mucho: acabó por contar el sueño, con pelos y señales. Sus hermanos, naturalmente, rompieron a reír:

– ¡Serás guardián de borregos! – dijo José.

– ¡O jefe de bandidos! – dijo Antonio para hacerlo rabiar.

Mamá Margarita, por el contrario, se puso seria. Miró a su niño inteligente y generoso, y dijo:

– Quién sabe que un día no llegues a sacerdote.

Mas la abuela, dando un golpe en el suelo con su bastón, refunfuñó impaciente:

– Los sueños son sueños, no hay que prestarles fe. Y ahora, a desayunar.

¡Quiero estudiar!

Juan hubiera querido dejar caer la cosa, pero no era tan sencillo hacerlo. Las palabras de la madre volvían a su mente, de una forma o de otra lo que ella decía resultaba verdad siempre, sin contar que ya desde cierto tiempo se preguntaba por qué, cada vez que encontraba a algún sacerdote, éste no se acercaba a charlar con él.

– ¡No es justo! – pensaba –. Yo, si fuera cura, lo haría.

Después de pensarlo mucho tomó una decisión:

– ¡Quiero estudiar para hacerme sacerdote!

Entre una tarea y otra comienza a tomar en las manos algunos libros. Había terminado solo la segunda clase elemental, como era tradición en su tierra, porque Antonio no había querido que siguiera estudiando:

– No hace falta. Es suficiente que sepa leer y contar.

Varias veces el hermano mayor, viéndolo con el libro en la mano durante las pausas del trabajo, lo retó solemnemente, en ocasiones usó hasta golpes, como si las palabras no bastaran. Juan, por su lado, a veces contestaba, otras aguantaba en silencio; pero seguía adelante, tratando que no lo vieran. Margarita hacia lo posible para mediar y convencer a Antonio que lo dejara estudiar, pero no era ciertamente fácil; por otro lado también él traía dinero en casa.

El pequeño juglar de Dios

En todas estas dificultades, Juancito volvía a pensar en el sueño y ello lo animaba a seguir muy comprometido. Conocía a varios muchachos parecidos a los contemplados en esa ocasión: vivían en las casas cercanas y en las granjas diseminadas en los campos. Algunos eran buenos; otros, prepotentes, ignorantes y blasfemos, realidad por la que él mismo había pagado jugando la lipa... No pocos ya eran amigos suyos, y Juancito quería hacer algo más por ellos, ¡debía! Se le ocurrió la idea cabalmente durante una fiesta de pueblo. Decidió “estudiar” los trucos de los prestidigitadores y los secretos de los equilibristas. Pagó dos centavos para tener un puesto de primera fila en los barracones. Esa plata se la había pedido a la madre, pero ella le había dicho:

– Arréglate como quieras pero no me pidas dinero, porque lo que tenemos es poco.

Obedeció como siempre: atrapó pájaros y los vendió, fabricó canastos y jaulas y los contrató con los ambulantes, recogió yerbas medicinales y las llevó a la farmacia de Castelnuovo... hasta alcanzar la suma deseada.

Volvió a casa y aprendió él también a caminar sobre la cuerda, a sacar un pollo vivo de la olla que había hervido sobre el fuego... Hicieron falta varios meses de ejercicios, de constancia, de caídas de la cuerda, de carcajadas de los hermanos, ¡pero al final el espectáculo estuvo listo!

Llamó a sus amigos, pero no pidió dinero para la exhibición: quería solo que durante el intervalo rezaran con él y escucharan el sermón del domingo que él había aprendido con atención en la iglesia. Con frecuencia contaba también alguna historia edificante que había leído en alguno de sus libros. Aunque no siempre los encuentros terminaban felizmente... Un día Antonio llegó de los campos cuando iban por la mitad. Lanzó a tierra la azada que llevaba al hombro y gritó, enfurecido:

- ¡Ha aquí al payaso! ¡Al perezoso! Yo me rompo los huesos en el campo, ¡y él aquí, de charlatán!

Juan tragó, trasladando todo doscientos metros más adelante.

Lejos de casa

Llegó el momento en que la situación con Antonio empeoró: por haber colocado un libro sobre la mesa de la cocina, Juan se llevó una lluvia de bofetadas. Era imposible seguir así. Una mañana de febrero mamá Margarita tomó la decisión más dura de su vida:

- Es mejor que te vayas de casa. Uno de estos días Antonio podría hacerte daño.

Le indicó algunas granjas donde habría podido trabajar como criado y, colocándole un atadito bajo el brazo, lo saludó con tristeza. Juan llegó a la granja Moglia. Un instante en silencio para darse ánimo, luego entró. La familia de los Moglia estaba reunida en la era y preparaba los mimbres para la vid. Al comienzo el Sr. Moglia no quería asumirlo, pero después la Sra. Dorotea, esposa del dueño, se conmovió:

- Tómalo, Luis. Probémoslo por algunos días.

Juan se dedicó a fondo, para no ser despedido: trabajaba del amanecer hasta bien avanzada la tarde. Después, cuando los demás iban a dormir, encendía una vela y seguía leyendo los libros que le había prestado su maestro de escuela, Don Lacqua. También mientras guiaba los bueyes que araban era capaz de tener un libro en la mano. El viejo José, tío de Luis, volviendo sudado de los campos, vio a Juancito que, al mediodía, se arrodillaba para rezar el Angelus:

- Pero, ¡qué bien! Nosotros los dueños trabajamos y bregamos, y el criado reza en santa paz.
- Cuando hay que trabajar, Ud. lo sabe, no doy pie atrás. Pero mi madre me ha enseñado que, si rezamos, de dos granos nacen cuatro espigas; si por el contrario no lo hacemos, de cuatro granos nacen solo dos espigas. Por tanto es mejor que rece un poco también usted .

En noviembre de 1829 fue a verlo el tío Miguel, hermano de su madre:

- Entonces, Juan, ¿estás contento?
- No. Me tratan bien, pero yo quiero estudiar, y ya he cumplido 14 años.

El tío Miguel lo llevó nuevamente a casa. Antonio se irritó por esa decisión pero, después de una viva discusión, aceptó los estudios de Juan, con tal que no le tocara pagarlos también a él.

Don Calosso, un padre espiritual

Mientras tanto, en septiembre de 1829, se había establecido en Morialdo el capellán Don Juan Calosso, un anciano sacerdote de 70 años, muy afable y paterno. Juan acababa de volver a casa cuando, en el mes de noviembre, se predicaron en Buttigliera unas misiones y él fue a escucharlas, también para poder repetir luego algo de los sermones a sus amigos. En el grupo que una noche regresaba de la misión venía caminando Don Calosso el cual, con grande sorpresa de Juan, se le acercó:

- ¿De dónde eres, hijo mío?
- De los Becchi. Estuve en el sermón de los misioneros.
- ¡Quién sabe lo que has comprendido con todas esas citas en latín! Tal vez tu mamá te habría podido hacer un sermón mejor.
- Es cierto, mi madre con frecuencia me hace buenos sermones. Pero me parece haber comprendido también a los misioneros.
- ¡Bravo! Entonces hagamos así: si me dices cuatro palabras del sermón de hoy, te regalo veinte centavos.

Juan comenzó a repetirle al capellán todo el sermón, como si leyera un libro. Don Calosso quedó pasmado y preguntó:

- ¿Cómo de llamas?
- Juan Bosco. Mi padre ha muerto cuando yo era todavía niño.
- ¿Qué clase has terminado?
- Aprendí a leer y a escribir don Don Lacqua, en Capriglio. Me gustaría seguir estudiando, pero mi hermano mayor no quiere saber de eso, y los párrocos de Castelnuovo y de Buttigliera no tienen tiempo para ayudarme.
- ¿Y para qué quisieras estudiar?
- Para llegar a sacerdote.
- Dile a tu mamá que venga a Morialdo a verme. Tal vez yo pueda echarle una mano, aunque sea viejo.

Margarita no perdió tiempo y fue a hablar con Don Calosso. Decidieron que durante el día Juan viviera en la casa cural, donde habría podido más fácilmente seguir las lecciones, hacer las tareas y estudiar. Don Bosco mismo dirá: “Me puse inmediatamente en las manos de Don Calosso. Le hice conocer todo mí mismo, le conté toda palabra, todo pensamiento. Aprendí entonces lo que significa tener un guía fijo, un amigo fiel del alma que hasta ese momento me había faltado. Me animó a frecuentar la confesión y la comunión, y me enseñó a hacer cada día una breve meditación. Nadie puede imaginar mi felicidad. Amaba a Don Calosso como un padre, lo servía con gusto en todo. Ese hombre de Dios me quería realmente”.

Don Calosso se va

Juancito estaba feliz, finalmente podía hacer lo que siempre había deseado. Además había dado con el padre que no había tenido nunca, aunque mamá Margarita no le hubiera dejado faltar nada jamás. Pero un día el anciano sacerdote le encargó un recado donde algunos parientes. No acababa de poner los pies en casa cuando vio llegar a alguien que le dijo con ansia:

- ¡Pronto, Juan, vuelve inmediatamente donde Don Calosso! Se ha sentido muy mal y quiere verte en seguida.

Se precipitó hacia la casa cural donde lo encontró moribundo en cama, a tiempo para sonreírle una última vez: pocas horas de agonía y murió.

La partida de Don Calosso fue un durísimo golpe que Juan no lograba superar. Lloraba continuamente y nadie podía consolarlo. Mamá Margarita decidió mandarlo por algún tiempo de vacaciones donde los abuelos, pero al regreso habría debido recomenzar a trabajar, Antonio había sido muy explícito al respecto. En este período Juan contó que había tenido otro sueño: “Vi a una persona que me reprochaba severamente, porque desalentarse en semejante forma significaba tener más confianza en un hombre que en Dios”.

¡Finalmente libre!

Margarita dio con la mejor solución: dividir los bienes entre Antonio y los demás miembros de la familia. Hacían falta largos trámites, pero valía la pena. Juan pudo sentirse finalmente libre de estudiar y, en la navidad de 1930, ingresó a la escuela pública de Castelnuovo. Ya no era Juancito, ¡tenía 15 años! Había trabajado y sufrido y se preparaba a esmerarse aún más en los años de su juventud.

FICHA DE REFLEXIÓN PARA NIÑOS Y PREADOLESCENTES

¿Qué es una virtud?

¡Apuesto que muchas veces has oído hablar de virtud! Y apuesto también que no estás seguro de saber exactamente de qué se trata. Hagamos una prueba.

Cuando se dice que un chico es virtuoso, con frecuencia se quiere decir que es un tipo que vale y tiene buenas cualidades: en efecto, así es como se pueden entender las virtudes. Pero en realidad son algo más. Probablemente en la escuela te habrán hablado de la nota que recibirás a fines de año y que sirve para indicar cómo te has portado y cómo has cumplido con tu deber: **la nota de conducta**.

¿Por qué se llama *nota de conducta* y no *nota de comportamiento*? ¿Por qué se da al final del año? ¡Es fácil! Porque la palabra **conducta** tiene un significado diverso de la palabra **comportamiento**. El comportamiento se refiere a una acción que haces una sola vez. Si por una sola vez tu maestra te reta, no te darán una mala nota de conducta por esa única ocasión, sino que tomarán en cuenta como te has portado a lo largo de todo el año. La **conducta** es el conjunto de toda una serie de comportamientos que estás acostumbrado a seguir. Si estás acostumbrado a escuchar cuando te habla una persona mayor, tu conducta será educada. Esa costumbre educada que tienes te ayudará a portarte bien y en forma educada toda vez que un adulto te habla también fuera de la escuela.

¡He aquí lo que son las virtudes!

**Son buenas costumbres que te esmeras en adquirir
para portarte como es debido en cualquier situación**

Hagamos algunos ejemplos.

Si te esfuerzas por *acostumbrarte a rezar*, porque sabes que es bello agradecer al Señor por la mañana y por la noche, reforzarás la virtud de la **fe**, y cuando llegues a grande la podrás ahondar; si te esfuerzas por *acostumbrarte a hacer lo que tus padres y tus educadores te aconsejan*, porque sabes que lo que te dicen te sirve para mejorar, conquistarás poco a poco la virtud de la **obediencia**, y cuando llegues a grande te será muy útil; finalmente, si tratas de *no tener todas las cosas que tienes solo para ti* y, por el contrario, haces que también tus amigos participen y gocen de ellas, sabiendo que de otra forma te volverías egoísta, poco a poco conquistarás la virtud de la **generosidad**, y de grande serás un hombre generoso.

Para llegar a *grandes* hace falta tener muchas virtudes. Juancito Bosco lo había comprendido bien, he aquí por qué se ha vuelto *grande* el Don Bosco que todos admiramos. Si cuando pequeño no se hubiera esmerado en conquistar tantas virtudes, tal vez no habría logrado llegar a santo.

Entonces, ¿qué esperamos? También nosotros podemos imitarlo. Después de haber leído o escuchado su vida, tratemos de reflexionar sobre algunas de las virtudes más hermosas que ha adquirido y esforcémonos por imitarlo.

Hemos escogido cinco de estas virtudes: obediencia, generosidad, fe/oración, confianza y el deseo de cumplir exactamente nuestro deber. Para cada una encontrarás la **presentación**, que explica cómo y cuándo Juancito Bosco la ha vivido; la **actualización**, que te sugiere la forma de vivirla hoy; la **realización**, que te propone algunos compromisos concretos para llevarla a la práctica y te pone algunas preguntas para controlar si hasta el momento te has esmerado realmente por adquirirla.

<i>Obediencia</i>	Presentación	<p>Lee los párrafos “<i>Tantas cosas que hacer</i>” y “<i>Lejos de casa</i>”.</p> <p>La vida en los Becchi era bastante dura, pero Juancito no se echaba nunca atrás. Cuando la madre le pedía que fuera a traer agua o que llevara los animales al potrero, <i>nunca se quejaba</i>. Obedecía porque comprendía que era importante hacer caso a la madre. Si no hubiera traído el agua no habrían bebido en la cena y, si no hubiera llevado los animales al potrero, éstos no habrían comido.</p> <p>Cuando Juancito trabajaba en la granja Moglia, <i>actuó como había aprendido en casa</i>: obedecía siempre a los dueños y hacía perfectamente lo que ellos pedían, también si le costaba mucho trabajo. Por esto se fiaban ciegamente de él.</p>
	Actualización	También hoy tus padres te piden colaborar en la familia, hay tantas pequeñas cosas que hacer. Obedeciendo a sus pedidos te acostumbrarás a cumplir debidamente con tu deber y ellos estarán más contentos. Se fiarán de ti .
	Realización	<p>Cuando tus padres o tus educadores te piden hacer algo, ¿lo haces en seguida o siempre rehúsan?</p> <p>¿Te has preguntado alguna vez por qué te piden hacer algo?</p> <p>Compromiso:</p> <p>Escoge una cosa que habitualmente te piden hacer y que no te gusta, y esfuérzate por hacerla sin quejarte.</p>

<i>Generosidad</i>	Presentación	<p>Lee los párrafos “<i>Tantas cosas que hacer</i>” y “<i>El pequeño juglar de Dios</i>”.</p> <p>Juancito cambiaba su pan blanco con el pan negro del amigo. A él no le gustaba por nada el pan negro, pero el amigo nunca se dio cuenta. Juancito había notado que el amigo era más necesitado que él y <i>quería hacer algo que lo hiciera más feliz</i>, no conservaba para sí lo bueno que tenía.</p> <p>Cuando Juancito se dio cuenta que muchos amigos suyos no eran buenos, decidió hacer algo por ellos: se dedicó a aprender los trucos de los prestidigitadores y se entrenó con ahínco. <i>Donó tanto tiempo para prepararse bien</i> para que las cosas hermosas que había aprendido de su madre y en la iglesia pudieran ser dadas también a ellos.</p>
	Actualización	También hoy tus amigos tienen necesidad de ti. Tal vez tú tienes algo que ellos no tienen y que les haría bien. Pueden ser tus juguetes más hermosos, tu tiempo para ayudarlos en el estudio, tu amistad...
	Realización	<p>Cuando alguien te pide prestado algo que aprecias mucho, ¿cómo reaccionas?</p> <p>Eres disponible para ayudar a quien está en dificultad, ¿o haces como que no notas nada?</p> <p>Compromiso:</p> <p>Piensa en un acto concreto de generosidad que podrías hacer y que normalmente nunca haces, y esfuérzate por hacerlo siquiera una vez.</p>

<i>Fe</i>	Presentación	<p>Lee los párrafos “No hay que olvidarse de rezarle al Señor” y “Lejos de casa”.</p> <p>Juancito había aprendido de la madre a rezarle al Señor todos los días y a recordarse de Él en todo momento de la jornada. También cuando la madre no estaba, él se recordaba de rezar porque comprendía lo importante que era. Al hallarse lejos de casa, tendrá el valor de testimoniar su fe incluso ante el viejo tío de Luis Moglia que le toma el pelo .</p>
	Actualización	También hoy tus padres y tus catequistas te enseñan a rezar. El Señor te ha donado la vida, es justo encontrar a lo menos 5 minutos para agradecerle.
	Realización	<p>¿Te recuerdas de saludar al Señor por la mañana cuando te despiertas y por la noche antes de conciliar el sueño?</p> <p>¿Tienes la valentía de rezar también delante de tus amigos?</p> <p>Compromiso:</p> <p>Cada noche, antes de entregarte al sueño, examina tu jornada. Pide perdón al Señor por el mal cometido y agradécele las cosas bellas que te ha regalado.</p>

<i>Confianza</i>	Presentación	<p>Lee los párrafos “¡Quiero estudiar!” y “Don Calosso, un padre espiritual”.</p> <p>Juancito siempre tiene presentes los consejos de la madre porque se fía de ella. Sabe que cada vez que le sugiere algo lo hace porque lo quiere y porque tiene mucho más experiencia que él.</p> <p>Juancito se entrega a Don Calosso que le enseña a estudiar y a rezarle al Señor con mayor profundidad. No decide por su cuenta, antes de hacer cualquier cosa quiere escuchar siempre el parecer de él.</p>
	Actualización	También hoy tus padres, tu confesor y tus maestros te sugieren tantas cosas. Ellos tienen mucho más experiencia que tú y cuando te dicen algo lo hacen por tu bien.
	Realización	<p>¿Pones en práctica los consejos de las personas mayores que te quieren?</p> <p>¿Decides siempre por tu cuenta?</p> <p>Compromiso:</p> <p>Trata de poner en práctica ese consejo que siempre te repiten y que tú nunca quieres aceptar.</p>

<p>Cumplir bien con el propio</p> <p><i>Deber</i></p>	<p>Presentación</p>	<p>Lee los párrafos “¡Quiero estudiar!” y “Lejos de casa”.</p> <p>Juancito se empeña a fondo en cumplir debidamente con su deber, comprende que, si quiere llegar a sacerdote, su deber es estudiar.</p> <p>Cuando está lejos de casa cumple bien con su deber sin que los demás tengan que rogarle, porque comprende que se trata de algo importante.</p>
	<p>Actualización</p>	<p>También hoy estás invitado a cumplir con tu deber: como primera cosa el estudio y la obediencia a tus padres, después ayudar en casa y ser honrado y sincero con todos.</p>
	<p>Realización</p>	<p>¿Sacas mil disculpas antes de cumplir con tu deber?</p> <p>Compromiso:</p> <p>¿Escógelo tú! ¿En qué cosa, concretamente, podrías mejorar?</p> <p>Toma nota por escrito, así lo recuerdas.</p>

El joven Juan Bosco (1830-1841)

La fatiga del deber

Para Juan el estudio no fue algo debido, un camino ya definido que lo habría llevado fácilmente a la meta. Tuvo que esforzarse muchísimo, ante todo con el hermano, pero no solo. Después de la división del patrimonio familiar, Juan decidió, de acuerdo con su madre, ir a las escuelas públicas más cercanas: las de Castelnuovo, a 5 km. de distancia. En ese tiempo no pasaba el bus cada mañana. Por lo tanto, cada día era necesario caminar 10 km., que con frecuencia se volvían 20 por el regreso a casa para el almuerzo. Juan, que había sido el ídolo de los muchachos de Morialdo y Moncucco, ahora se hallaba en una clase única con muchachitos de diez y once años, que naturalmente se burlaban de él por sus vestidos pobres y por su edad. Afortunadamente dio con un maestro como Don Virano el cual, tras leer un tema suyo, dijo lo siguiente:

- Quien escribe un tema semejante puede usar zapatos de cuidador de vacas. Porque lo que vale en la vida no son los zapatos –¡hasta *firmados*, diríamos hoy!- sino la cabeza.

Pero durante el invierno no podía ciertamente ir y venir con la nieve y el frío de los campos de Piamonte. Por tanto Margarita pidió al Sr. Juan Roberto, sastre, que tomara al hijo en pensión completa: ¡un plato de sopa, y un bajo-escalera para dormir!

Durante ese primer año de estudios Juan tuvo que vérselas con compañeros poco recomendables: querían llevarlo a juegos de azar en vez de ir a clase. Él decía que estaba sin dinero, pero uno replicó:

- ¡Aprende a vivir! Si quieres tener dinero, róbalo al sastre o a tu madre.

Juan no era ciertamente el tipo que se dejara confundir las ideas cuando tenía que cumplir con su deber y, sobre todo, no permitía que fueran los malos compañeros quienes decidieran en vez suya. Era perseverante y hasta algo testarudo cuando se trataba de hacer el bien. Su actitud fue un ejemplo para todos y, también allí, comenzaron a apreciarlo.

Dificultades siempre

En poco tiempo se hizo apreciar *por lo que era y no por lo que podía parecer* gracias a su ropa. El Sr. Juan Roberto, además, era uno de los sastres de Castelnuovo y un buen cantor de música sagrada y profana. En casa tenía una espineta, viejo instrumento musical de teclado, semejante al clavicordio: Juan, bajo su dirección, aprendió a tocarlo. En el tiempo libre se entrenaba con hilos y botones obteniendo óptimos resultados. Para pagar libros y estudios fue a aprender a trabajar el hierro donde el herrero Evasio Savio. Una quincena de años más tarde, cuando será Don Bosco, usará los talentos que el Señor le había dado y que sin saberlo estaba desarrollando: enseñará a leer y escribir a los muchachos pobres, cantará con ellos música sagrada y abrirá talleres donde él mismo será el primer maestro.

Pero las cosas no van siempre en el sentido que quisiéramos. El buen Don Virano fue nombrado párroco de Mondonio y en abril dejó la escuela. Tomará su puesto Don Moglia, de 75 años, que, lamentablemente y sin quererlo, hará sufrir mucho a Juan. En efecto no comprenderá su inteligencia:

- ¿Qué quieres entender tú de latín? En los Becchi solo se crían solemnes burros!

Además, no logrará mantener la disciplina de la clase y llegará a darle a él la culpa del desorden. Con esto, el respeto que Juan se había ganado ante los compañeros fue inmediatamente olvidado y comenzaron días de sufrimiento que el mismo Don Bosco, cuando escribirá sus memorias, recordará solo brevemente para no echarle culpas al anciano maestro. El tiempo pasaba y las cosas no parecían mejorar. Entonces Juan y Margarita trataron de conseguir matrícula en la escuela de Chieri, más avanzada.

Para prepararse a este paso, durante el verano estudió intensamente. Su hermano José y Margarita se habían trasladado a una granja en Sussambrino, en donde trabajaban con el Sr. Febraro. También Juan debía aportar y, como en los viejos tiempos, mientras llevaba los animales al potrero repasaba el latín.

Para ir a Chieri hacía falta comprar ropa, zapatos, libros. Como buen atleta que era, logró ganar 20 liras en el palo encebado durante la acostumbrada fiesta del pueblo: también aquí, el bregar en la cuerda para que sus compañeros se divirtieran y rezaran le había servido. Pero 20 liras no bastaban. Tuvo que enfrentar la humillación de pasar por las casas pidiendo limosna:

- Soy el hijo de Margarita Bosco. Voy a Chieri a estudiar para hacerme sacerdote. ¿Pueden ayudarme?

Donde Margarita siempre había una tajada de polenta o un plato de sopa para los pobres de la zona, todos sabían que podían contar con ella. Ahora era ella quien enfrentaba una dificultad y la ayuda llegó. También el párroco de Castelnuovo, Don Dassano, al saber la cosa recogió una pequeña suma y la envió. Además hizo que Margarita encontrara a la Sra. Lucía Matta, que se iba a vivir a Chieri para cuidar del hijo estudiante: se pusieron de acuerdo para que Juan se quedara con ellos pagando 21 liras al mes. Como no podía pagar todo, Juan ofreció ayudar en los trabajos de la casa. Más tarde la Sra. Lucía le confiará los estudios del hijo holgazán y éste, en seis meses, con su ayuda volverá a frecuentar los sacramentos y a dejar satisfechos a los profesores. La mamá quedó tan feliz que ya no cobró la pensión.

Tres cursos en un año

En Chieri lo matricularon en el sexto curso, más o menos el primero de enseñanza secundaria italiana de ahora. Había cumplido ya los 16 años. Se encontró tan a gusto que en dos meses, considerando sus óptimas calificaciones, lo admitieron a los exámenes para pasarlo al curso sucesivo. Los superó en forma brillante y comenzó a frecuentar el quinto: en ese tiempo el orden de los cursos era decreciente. Encontró como profesor a Don Valimberti, que ya se había hecho su amigo y consejero. Después de solo otros dos meses fue admitido a los exámenes para pasar al cuarto que, también en este caso, superó con las mejores calificaciones. En este nuevo curso era profesor Vicente Cima, hombre severo y competente el cual, viendo llegar un nuevo alumno a medio año, comentó:

- Si tienes buena voluntad, estás en buenas manos. No te dejaré perder tiempo. Si tienes dificultades, yo te ayudaré.

Y así fue. Juan no perdió tiempo y en ese año recuperó gran parte de los estudios atrasados.

La sociedad de la alegría

Durante el año de estudios Juan se encontró frente a diversas categorías de muchachos. Como de costumbre, los poco recomendables, los indiferentes y los muy buenos. Según su costumbre, dedicaba tiempo a los mejores, rechazando las propuestas de los malos. Pero los malos normalmente son también quienes estudian menos y, poco a poco, comenzaron a ir donde él para que les hiciera las tareas. Al comienzo les dio gusto; después, por consejo del profesor, trató que comprendieran lo que copiaban, y aprendieran a estudiar y resolver los problemas por sí solos. Su fama mejoró notablemente y los muchachos, que antes parecían realmente malos, cuando estaban con él ya no lo eran. Comenzaron a encontrarse no solo para estudiar sino también para divertirse y escuchar sus narraciones. Fundaron una sociedad con un reglamento participado que llamaron *Sociedad de la Alegría*:

1. No hacer ninguna acción que no sea digna de un buen cristiano.
2. Cumplir con exactitud el propio deber escolar y religioso.

Mientras tanto encontró a un buen sacerdote, el canónigo Meloria, que lo invitó a recibir los sacramentos con frecuencia, cosa extraordinaria en ese tiempo. Él lo hizo, y más tarde dirá:

- Si he tenido la fuerza de no dejarme arrastrar por los compañeros peores, lo debo a mis frecuentes encuentros con el Señor.

En poco tiempo llegó a ser el capitán de un pequeño ejército. Un domingo se presentó un prestidigitador –en ese tiempo los llamaban saltimbanqui– con la intención de ofrecer espectáculo durante la misa, y de hacerlo cabalmente cerca de la iglesia. Los compañeros, naturalmente, estaban más interesados en esa diversión que en las funciones sagradas. Juan lo desafió en los varios juegos en que el saltimbanqui estaba seguro de superarlo ampliamente, derrotándolo en toda la línea. Después le devolvió el dinero con tal de que se alejara: de esa forma ya no habría distraído a sus compañeros del cumplimiento del deber.

Un amigo verdadero

Fue admitido al segundo curso, llamado *curso de humanidad*. El hijo de la Sra. Lucía había terminado los estudios y Juan tuvo que buscar otra pensión. Un amigo de familia, cierto Juan Pianta, acababa de abrir un café en Chieri y lo invitó a ir donde él. Naturalmente en cambio debía trabajar duro, así aprendió también el oficio de barman. Después del *curso de humanidad* pasó al primero, llamado *curso de retórica*, que corresponde al 5º de secundaria del liceo clásico italiano. Aquí encontró a Luis Comollo, sobrino del párroco de Cinzano. Luis era un chico muy bueno que en más de una ocasión había demostrado, frente a las prepotencias de algunos compañeros más crecidos, que sabía quedar firme en el bien sin vengarse ni reaccionar. No era el clásico “empollón”, sino uno de esos muchachos que, cuando lo ves, dices:

- ¡Es realmente un chico que vale!

Por supuesto que falta de educación y maldad no conocen límites, de modo que Juan, en más de una ocasión, se sintió obligado a salir en defensa de Luis no solamente con palabras sino también usando las manos, cosa que sabía hacer con rara eficiencia. Cabalmente después de uno de esos episodios nació una amistad más profunda.

- Juan –le dijo Luis–, tu fuerza me asusta. Dios no te la dio para hacer el mal a tus compañeros. Quiere que nos perdonemos y contestemos al mal con el bien.

Juan acabó por rendirse a sus palabras y seguir sus consejos. Los años siguientes, en el seminario, habrían reforzado su amistad.

Palabras que pesan como montañas

Al acabar el curso de retórica Juan debía decidirse de una vez por todas: ¿qué hacer con su vida? Hoy diríamos: “En el último curso de la escuela superior debes tener ideas claras: o estudias o trabajas. ¿Qué estudias? ¿Dónde trabajas?”.

Deseaba llegar a sacerdote, pero tenía miedo. En ese tiempo no todos los curas vivían en modo evangélico, varios estaban metidos en la vida ordinaria en forma tal que olvidaban la espiritual y el cuidado de los jóvenes y de las almas. Para estudiar se necesitaba dinero que él no tenía. Pensó entonces resolver el problema yéndose a un convento, lejos del mundo: los franciscanos ya le había contestado favorablemente. El párroco Don Dassano, al saberlo, le desaconsejó esta opción y apenas pudo habló con Margarita diciéndole, entre otras cosas, que si Juan se hacía fraile no habría tenido dinero para ayudarla en el futuro. Margarita, aunque ya no tan joven, se echó el mantón sobre los hombros y caminó firme hasta Chieri para hablar con el hijo. Si Juan, a los 70 años de edad, recordaba aún esas palabras, significa que pesaron como montañas:

- Óyeme bien, Juan. Yo quiero que tú lo pienses con calma. Cuando habrás decidido, sigue tu camino sin verle la cara a nadie. Recuerda que la cosa más importante es que tú hagas la voluntad del Señor. El párroco quisiera que yo te hiciera cambiar idea porque en el futuro yo podría tener necesidad de ti. Pero recuerda que tu madre en estas cosas no entra. Dios viene antes que todo, también antes que yo. De ti no quiero nada, no espero nada porque he nacido pobre y pobre quiero morir. Antes bien, te lo digo claramente: si llegaras a sacerdote y por

desgracia te volvieras rico, debes saber que yo no pondré jamás pie en tu casa. ¡Recuérdalo bien!

Juan seguía confundido. Un sueño, tal vez profético como el de los nueve años, le hizo comprender que en el convento no habría hallado paz. Como quiera, para no hacer caso solamente a un sueño pidió consejo al amigo Luis Comollo, quien le dijo que escribiera a su tío sacerdote. Éste le sugirió entrar en seminario. Evasio Savio recomendó a Juan que fuera a hablar con Don Cafasso, joven sacerdote de 23 años que perfeccionaba sus estudios teológicos en el Convictorio Eclesiástico. Estos estudios pueden ser comparados a una láurea especializada para buenos curas, después de la ordenación también Don Bosco los frecuentará. Juan quedó tan favorablemente impresionado por la calma y la profundidad de este joven sacerdote, que algunos años más tarde lo escogió como director espiritual. Don Cafasso equilibraba el temperamento fogoso de Don Bosco y lo guiaba hacia opciones justas. La más hermosa calidad de Juan fue la capacidad de *pedir consejo*, de dejarse guiar, de no querer actuar solo: ésta fue su carta vencedora, que le dio siempre óptimos resultados.

Un inconveniente providencial

Una vez decidido, Juan tomó la sotana de clérigo. Se la entregó durante una misa solemne el párroco de Castelnuovo, Don Cinzano. Desde ese momento habría cambiado todo, vestir ese traje significaba también cambiar vida, iniciar las costumbres de un hombre nuevo.

Juan se preparó debidamente y tomó la cosa muy en serio, pero inmediatamente después de la entrega de la sotana el párroco lo invitó para que lo acompañara a una fiesta patronal, también como celebración del paso dado. Así, después de semanas de recogimiento, se encontró sumergido en una fiesta en la cual se bebía más de la cuenta y no se hablaba sino de juegos, bailes, desafíos. Le pareció ser un títere con terno nuevo, venido solo para ser admirado y aplaudido.

- ¿Qué cosa podían tener en común estas cosas con uno que, pocas horas antes, había vestido un traje de santidad para entregarse totalmente al Señor?

Al regreso habló de ello con el párroco, quien le sugirió acostumbrarse porque:

- Así está hecho el mundo. Hay que tomarlo como es. Debemos ver el mal para evitarlo.

Don Cinzano no estaba equivocado, pero tampoco tenía razón: ¡el mal tampoco hay que irlo a buscar!

Después de esta experiencia Juan decidió darse un reglamento. No cien mil reglas que después no habría seguido, sino pocas, claras y adaptadas a su situación. Así habría sido más fácil ser fiel a su elección. Escribió una especie de *proyecto* que simplificamos así:

1. Haré lo posible para no participar a almuerzos o banquetes no convenientes.
2. No haré más el saltimbanqui frente a todos (tenía la sotana de cura).
3. Me esforzaré por encontrar tiempo para reflexionar. No exageraré en comer y en dormir.
4. Comenzaré a leer libros religiosos para conocer mejor a Dios.
5. Me esforzaré en combatir pensamientos, conversaciones e imágenes contrarios a la castidad que he escogido.
6. Encontraré cada día tiempo para dedicarlo a la oración.
7. Contaré a quien encuentro hechos y pensamiento que hagan bien al alma.

Este *proyecto de vida* fue muy útil a Juan en los años del seminario, porque cada vez que le parecía haberse equivocado podía ir a controlar sus propósitos y renovarlos. Claro, no logró seguirlo a la perfección sin equivocarse nunca, pero fue fiel. Cuando será Don Bosco, propondrá el mismo sistema también al joven Domingo Savio. ¿El resultado? ¡La santidad!

Puntualización de la madre

Cuando Juan regresó por algunos días a casa antes de volver al seminario, mamá Margarita parecía pensativa, lo observaba con frecuencia como si estuviera esperando el momento oportuno

para decirle algo. La noche anterior a su partida lo llamó a parte y, mirándolo en los ojos, le dijo estas palabras:

- Juan, has vestido el hábito de sacerdote. Yo siento toda la dicha que una madre puede experimentar ante el buen resultado de un hijo. Recuérdate empero que no es el hábito que llevas lo que te honrará, sino la seriedad con que sabrás vivir el compromiso que has asumido. Si un día llegaras a dudar de tu vocación, te ruego, no deshonres este hábito, más bien déjalo en seguida. Prefiero tener un hijo que sea un pobre campesino que un mal sacerdote. Cuando naciste te confié a la Virgen, ama a los compañeros que aman a la Virgen y, cuando seas sacerdote, propaga el amor a Ella.

Al terminar estas palabras estaba conmovida. Él, enternecido también, le contestó:

- Mamá, te agradezco por todo lo que has hecho por mí. Estas palabras no las olvidaré nunca. Las recordaré como un tesoro toda la vida.

Cuando la Sagrada Escritura dice: “Honra a tu padre y a tu madre”, se refiere también a esto. Honrar a los padres por todo lo han hecho significa escuchar sus consejos y volverse personas honradas. Juan lo ha logrado.

Los años del seminario

Los días del seminario eran más o menos todos iguales. Los superiores se portaban gentiles con él, pero Juan no estaba enteramente satisfecho: habría deseado verlos y sentirlos más cercanos, tener la posibilidad de encontrarse con ellos, de conversar. Pero en ese tiempo la mentalidad era aquella y no era posible cambiarla, lo hará él, más tarde. También en seminario acudía con frecuencia a los sacramentos, que le infundían la fuerza necesaria para cumplir con su deber. Estaba muy contento de los estudios y de los compañeros. Cuando frecuentaba el segundo año, entró también el amigo Luis Comollo. Luis era un continuo ejemplo, lo estimulaba a rezar y a hacerlo todo bien.

Durante las vacaciones, siendo ya clérigo estudiante de teología, lo invitaban a dar sermones en los pueblos cercanos. Un día recibió una lección muy valiosa. En Alfiano dio un sermón bello y sumamente erudito sobre el Nacimiento de la Virgen. Vuelto a la sacristía, le preguntó al párroco qué le había parecido.

- Hermoso sermón, muy ordenado. Pero lo hemos comprendido solo yo y tú. Hay que dejar de lado la lengua docta y hablar en dialecto; o, si quieres, hablar también en italiano, pero en forma sencilla. En vez de ofrecer razonamientos, sería mejor contar ejemplos, comparaciones sencillas y prácticas. La gente sigue poco.

Ese consejo le hizo pisar tierra lo justo para caminar bien el resto de su vida.

En dos circunstancias fue invitado a participar a banquetes o a tocar el violín frente a convidados y, pese a recordar sus compromisos y portarse con cuidado, las cosas tomaron mal cariz; entonces decidió no participar ya a semejante tipo de fiestas.

Luis Comollo murió en esos años, dejando en Juan una gran tristeza; escribirá más tarde la vida del amigo y la hará leer a sus jóvenes, que sacarán inmenso provecho.

Para pagarse la pensión y los otros gastos, estudiaba duro con miras al premio anual de 60 liras para el mejor estudiante, cosa que siempre lograba. Trabajando como sacristán conseguía otras 60. Lo demás lo completaba el buen Don Cafasso.

Como de costumbre, hacía tantas cosas, pero encontraba también el tiempo para ahondar otras materias útiles al buen sacerdote: historia de la Iglesia, libros de espiritualidad, griego, hebreo y francés.

En esos años, entre los demás buenos formadores, conoció también a un cierto Don Borel, que más tarde llegaría a ser un estrecho colaborador suyo.

Por siempre

Durante el penúltimo año de estudios del seminario logró frecuentar también el último, con la condición de que fuera capaz de rendir la primera parte de los exámenes entre noviembre. Don Cafasso lo apoyó y, también esta vez, la cosa le salió bien.

Temblaba ante la idea del sí pronunciado por toda la vida. Pero Don Cafasso lo animaba a seguir adelante sin miedo, haciendo lo que él le aconsejaba. Se encerró durante diez días en el silencio de los Ejercicios Espirituales. Fue ordenado antes subdiácono y luego diácono. El 5 de junio de 1941, víspera de la fiesta de la SS. Trinidad, recibió la ordenación sacerdotal. Celebró la primera misa en la iglesia de San Francisco de Asís, en Turín, asistido por Don Cafasso. En los días siguientes celebró en Chieri y en Castelnuovo, agradeciendo a las personas que lo habían ayudado. Cuando llegó a su casa y volvió a contemplar los lugares donde había sufrido y hecho el sueño de los nueve años, se conmovió, pensando:

- ¡Cuánto son grandes tu caminos, Señor! Has levantado del suelo a un pobre muchachito para encargarle una misión muy grande.

FICHA DE REFLEXIÓN PARA ADOLESCENTES Y JÓVENES

El valor del sacrificio

Si echas una mirada a los primeros tres títulos de la vida del joven *Juan Bosco*, te das cuenta que para alcanzar objetivos ha tenido que bregar mucho; cuando luego hayas leído su contenido habrás advertido lo que estamos a punto de decir: conviene llamar con su nombre lo que Juan ha hecho en esos años, se trata de **SACRIFICIOS**. De ellos hoy no se oye hablar mucho, se hace todo esfuerzo por evitarlos. Pero si algo queremos obtener, debemos aceptarlos.

Sucede así también en el deporte. Cualquier deportivo que se respete, *si quiere ganar un partido o vencer una medalla, tiene que entrenar*, y el entrenamiento implica sacrificios. No se aprende a correr dando una sola vuelta, hay que correr mucho y aumentar las cargas de trabajo. Antes se comienza por cosas sencillas, luego se aumentan gradualmente las dificultades. Tenazmente y con perseverancia se va mejorando, poco a poco uno adquiere carácter.

En el campeonato de un equipo de fútbol, por ejemplo, hay momentos de prueba y períodos positivos. ¿Cómo se ve que un equipo tiene garra? Si logra superar los momentos difíciles, si no se derrumba ante dos derrotas seguidas, si cuando en el primer tiempo le meten dos goles sabe darle vuelta al resultado en el segundo. *Un buen equipo de baloncesto*, por el contrario, cuando pierde por seis puntos no se desalienta y reacciona con una serie de “bombas” que lo nivelan. *Un equipo de volleyball* demuestra valer si, estando por debajo por dos sets a cero, logra reaccionar en tal forma que gana en el tiebreak.

Pero ¡cuánto entrenamiento detrás de los goles metidos, cuántas noches dedicadas al lanzamiento al aro, a los saques y remaches de pelota, a todo lo demás! Lo sabes muy bien.

Una cosa es cierta: estos atletas no temen enfrentar sacrificios, porque tienen muy clara la meta que quieren alcanzar, saben perfectamente lo que *sueñan llegar a ser*. San Pablo piensa de igual forma. Dice en efecto que los atletas, para alcanzar la corona de laurel de los Juegos Olímpicos, se entrenan sin descanso. Añade que, así mismo, el cristiano debe entrenarse y hacer sacrificios. En el caso de los cristianos hay la ventaja de trabajar por una medalla que les brindará una felicidad eterna, no pasajera como la olímpica. ***Los cristianos -y Juan Bosco era uno de ellos- trabajan para la santidad.***

En la vida espiritual hay que hacer sacrificios como en el deporte. Tratemos de examinar algunos sacrificios que ha hecho Juan y que, más o menos, se vuelven a presentar también hoy en forma muy semejante. Hemos escogido tres virtudes y tres actitudes virtuosas sobre las cuales podemos reflexionar y que, con algo de sacrificio, podemos también imitar. He aquí las tres virtudes: *fortaleza, humildad, fe*. Y las tres actitudes virtuosas son: *la primacía del ser sobre el tener, cuidar a los más débiles, programar la propia vida*.

Para cada virtud (y cada actitud) encontrarás: la **presentación**, que recuerda cómo y cuándo Don Bosco la ha vivido; la **actualización**, que te sugiere cómo vivirla hoy; la **realización**, que te propone algunos compromisos concretos para realizarla, así como preguntas para controlar si hasta ahora te has preocupado realmente por conquistarla.

<p>Fortaleza</p> <p><i>es la virtud que te ayuda a hacer cualquier cosa para alcanzar el fin que te has propuesto.</i></p> <p>EL MUCHACHO FUERTE</p> <ul style="list-style-type: none"> - No da marcha atrás frente a los peligros. - Sabe reaccionar ante a las quiebras. - Toma posición contra el mal. <p>HAY UN SOSIA: Fuerza o prepotencia En el párrafo “<i>Un amigo verdadero</i>”, Luis le hace comprender a Juan la diferencia.</p>	<p>Presentación</p> <p><i>Lee los primeros cuatro párrafos.</i> Juan ha trabajado muchísimo para estudiar: se ha enfrentado con el hermano, ha recorrido kilómetros a pie, ha aguantado burlas de los compañeros, ha tenido que aprender a trabajar, ha pedido limosna. No se ha desalentado ante las dificultades, ha sabido reaccionar frente a la situación contraria. Nunca ha renunciado a sus principios para ganar la amistad de los malos compañeros, ha preferido valerse de la paciencia para llegar a convertirlos.</p>
	<p>Actualización</p> <p>Hoy para muchos tener la posibilidad de estudiar es fácil, pero no todos saben aprovecharla. Todos pueden equivocarse, pero deben volver a levantarse y trabajar con valentía, los resultados llegarán. Muchas veces estamos tentados de cambiar bandera y renunciar a aquello en que creemos para dar gusto a los amigos.</p>
	<p>Realización</p> <p>¿Aprovechas la oportunidad de estudio que tienes o vives de renta? ¿Tienes el valor de decir no ante el mal o es más importante lo que digan de ti?</p> <p>Compromiso: Estudia con más esmero una materia que frecuentemente descuidas Esfuézate por decirle no a quien te quiere llevar al mal, aunque pierdas en popularidad.</p>

<p>Humildad</p> <p><i>es la virtud que te ayuda a calcular bien lo que vales tú y lo que valen tus capacidades.</i></p> <p>EL CHICO HUMILDE</p> <ul style="list-style-type: none"> - Reconoce que sus cualidades son dones. - Se pone a disposición de los demás. - Es capaz de pedir consejo. <p>HAY UN SOSIA: La falsa humildad. Quien se hace el humilde para que los demás lo alaben.</p>	<p>Presentación</p> <p><i>Lee “Palabras que pesan como montañas”, “Tres cursos en un año”, “Los años del seminario”.</i> Juan tenía tantos dones y tantas cualidades que, si los hubiera usado mal, habría podido llegar a ser un temible criminal. Pero fue humilde. Tuvo el valor de pedir consejo a personas sabias, hasta a la madre, cosa no fácil en la adolescencia. Aprendió del párroco de Alfiano a no hacer gala de su cultura. Se puso siempre a disposición de todos sin hacer pesar su superioridad.</p>
	<p>Actualización</p> <p>Hoy la humildad es poco popular y poco conocida pero, si lo pensamos bien, descubrimos que las personas humildes nos caen mejor que las presumidas. Humildad no es sinónimo de inferioridad. Es sinónimo de equilibrio y sinceridad. En la escuela, por ejemplo, es una virtud muy difícil de practicar, pero necesaria. En las opciones importantes es preferible preguntar a quien sabe más que nosotros, aunque nos cueste.</p>
	<p>Realización</p> <p>¿Quieres ser siempre el mejor en todo lo que haces? ¿Tienes el valor de pedirles consejo a los mayores?</p> <p>Compromiso: Trata de combatir los pensamientos soberbios con una invocación sencilla, sobre el tipo: “Señor, ayúdame a ser más humilde”.</p>

<p>Fe</p> <p><i>es la virtud que te ayuda a estar atento a la llamada de Dios, a contestarle valientemente, a orientar tu vida a Él.</i></p> <p>EL MUCHACHO DE FE</p> <ul style="list-style-type: none"> – Reconoce no ser el centro de su vida. – Ahonda el conocimiento de Jesús. – Desea lo que desea Jesús. <p>TIENE UN SOSIA: Mi fe. Quien se construye un Dios que le cae bien a él mismo.</p>	<p>Presentación</p>	<p>Lee “La sociedad de la alegría” y “Palabras que pesan como montañas”.</p> <p>Juan hallaba la fuerza para enfrentar tantas dificultades en el encuentro con el Señor a través de los sacramentos. No les quitaba valor. Buscaba con sinceridad la voluntad de Dios en su vida, no actuaba nunca solo. Se percibe que, antes de cualquier elección importante, siempre rezaba.</p>
	<p>Actualización</p>	<p>Hoy es difícil orientar la vida a Dios. Mil cosas nos distraen y nunca tenemos tiempo para Él. Nos bastan las pocas cosas que hemos aprendido en la catequesis y, a lo mejor, no nos preocupamos para descubrir el tesoro que hay en nuestro campo. Debemos excavar. Si no sabemos dónde, debemos comprar un buen mapa y buscar un buen guía: con ellos todo resultará más fácil.</p>
	<p>Realización</p>	<p>¿Me contento de las nociones aprendidas en la catequesis? ¿Cuánto tiempo dedico a la oración? ¿Has leído alguna vez un Evangelio desde el comienzo hasta el final?</p> <p>Compromiso: Buscar con cuidado a un buen confesor. Hacer que él nos conozca, así que lleguemos siempre preparados al encuentro con el Señor. Dedicar cada día diez minutos a la lectura de un Evangelio.</p>

<p>Cuidar a los más</p> <p>Débiles</p>	<p>Presentación</p>	<p>Lee “La sociedad de la alegría” y “Un amigo verdadero”.</p> <p>Juan cuida de los más débiles. No solo de los más perseguidos, sino también de los desorientados que, aunque se crean fuertes, en realidad no lo son. La vida de él estará dirigida a ayudar a los últimos. Jamás se arrepentirá de haberlo hecho.</p>
	<p>Actualización</p>	<p>También hoy se dan tantos muchachos débiles. Muchos son perseguidos por todos y, a lo mejor, poseen óptimas cualidades que podrían usar. Tal vez necesitan solo que alguien se plante y los defienda, para luego emprender el vuelo por su cuenta.</p>
	<p>Realización</p>	<p>¿Tengo la costumbre de humillar y burlarme de mis compañeros? ¿He tenido alguna vez el valor de defender a un compañero molestado injustamente?</p> <p>Compromiso: Esfuézate por dejar de burlarte de ese compañero que todos humillan.</p>

Primacía del <i>Ser</i> sobre el <i>Tener</i>	Presentación	Lee “ <i>La fatiga del deber</i> ” . A Juan no le interesaba ser apreciado por las cosas que tenía sino por la persona que era. No le interesaba aparecer frente a los demás. También si no calzaba zapatos firmados, lo mismo iba a la escuela. No aceptó robarle plata a la madre para jugar de azar.
	Actualización	También hoy podemos correr la tentación de dar más importancia a las cosas que tenemos que a los valores que guían nuestra vida. Sobre todo en Occidente es un grande riesgo, pero la tentación de poseer tantas cosas es un peligro universal y conviene corregirse inmediatamente.
	Realización	¿Juzgo a las personas por lo que tienen o por lo que son? ¿Me burlo de los compañeros más pobres? Compromiso: Esfuézate por encontrar algunas buenas cualidades en un compañero del cual muchos se burlan.

<i>Proyectar</i> la vida <i>Un edificio, para resultar estable y digno, debe ser proyectado cuidadosamente.</i> De igual forma el hombre, para llegar a santo, debe proyectar con cuidado su vida.	Presentación	Lee “ <i>Un inconveniente providencial</i> ” y “ <i>Los años del seminario</i> ” . Juan decide darse algunas reglas concretas que puedan ayudarlo a ser fiel a sus elecciones. Ha escrito su proyecto de vida. Le resultó utilísimo para controlar los progresos y colocar siempre más en alto sus metas. Con el pasar de los años lo mejorará y lo adaptará a las nuevas situaciones. Escoge lo concreto y lo simple. Mejor pocos compromisos detallados y profundos, que numerosos principios generales que luego no habría logrado poner en práctica.
	Actualización	También hoy es importante proyectar la propia vida. Fijarse metas, controlarlas periódicamente y colocarlas en las manos del Señor. Nos ayudará a ser hombres que no renuncian a sus propios valores.
	Realización	¿He tomado alguna vez compromisos concretos para mejorar mi carácter? ¿Vivo al día o proyecto mi futuro? Compromiso: Trata de escribir tu proyecto de vida. Puedes dividirlo en tres partes: compromisos hacia Dios , hacia los otros y hacia la mejoría de tí mismo.

Don Bosco y el comienzo del Oratorio (1841–1846)

La primera elección

Al iniciar el verano de 1841 Don Bosco debía decidir qué hacer. Recibió tres propuestas. Una familia de Génova le ofreció el puesto de maestro privado con el alto sueldo de mil liras anuales. Los paisanos de Morialdo, que le tenían mucho cariño, lo querían como capellán y prometían doblarle el estipendio. Finalmente, se le ofrecía el encargo de vicepárroco en Castelnuovo. Ciertamente, mil liras al año no eran pocas y, además, habría tenido mucho tiempo libre; le gustaba también la idea de encontrarse cerca de casa. Pensó dejar inmediatamente de lado las razones conectadas con el dinero, puesto que ni él ni su madre hubieran quedado contentos. Pero, al final, ¿qué escoger? Le pareció que la mejor solución fuera pedir consejo al sabio Don Cafasso. Éste, tras escuchar atentamente, le dijo sin titubeos:

- No aceptes nada. Ven aquí al Convictorio Eclesiástico. Necesitas completar tu formación estudiando moral y predicación.

Don Bosco aceptó gustoso y el 3 de noviembre entró al Convictorio. Efectivamente necesitaba estudiar esas dos materias tan importantes: la moral lo habría ayudado a guiar a los jóvenes a reconciliarse con el Señor, la predicación a inflamarlos de amor a Dios.

En el Convictorio se aprendía a ser sacerdotes. Los estudios morales seguían la línea de San Alfonso María de' Liguori. El santo, en síntesis, sugería ser más elásticos y benévolos en juzgar los problemas de conciencia, no ver el mal por todos lados sino fijarse en el amor de Dios. La constante frecuencia de los sacramentos habría ayudado a los fieles a vivir en el amor del Señor.

El horario de la jornada preveía por la mañana meditación, oración y lecciones y, por la tarde, apostolado práctico en el ambiente de la ciudad: hospitales, cárceles, institutos de beneficencia, sermones en las iglesias, catecismo y asistencia a enfermos y ancianos. Una de estas experiencias fue fulminante para Don Bosco.

En la cárcel para encontrar a los jóvenes

Don Cafasso comenzó a llevar a Don Bosco a visitar a los encarcelados. En esas visitas dramáticas se dio cuenta que gran parte eran jóvenes entre los 12 y 18 años. ¿Cómo era posible que muchachos sanos e inteligentes quedaran allí sin hacer nada, acumulando piojos y enfermedades? ¿Quién se preocupaba de ellos? ¿Quién los esperaba cuando salían? Muchos de ellos, al ser puestos en libertad, estaban decididos a cambiar vida, pero no hallaban un sitio donde ir y estaban obligados a robar, de modo que eran encarcelados nuevamente. Mirando esos ojos, en los cuales se leía el miedo y la rabia, Don Bosco pensó:

- Estos muchachos deberían encontrar afuera a un amigo que los cuide, los siga, los instruya, los lleve a la iglesia en los días festivos. Entonces no volverían a arruinarse, o serían muy pocos los que regresen a la cárcel.

En el mercado general de la ciudad descubrió otra cosa que lo horrorizó: un auténtico “mercado de muchachos”. Cerca de Porta Palazzo había un lleno de pequeños ambulantes, limpiabotas, limpiachimeneas, repartidores de folletos, criados de negocios: jóvenes que venían de los campos para buscar cualquier trabajo con tal de sobrevivir. Subían a los andamios de los albañiles y, si uno caía, nadie se preocupaba: otros diez estaban listos para tomar su puesto. Daban vueltas como lobos en las esquinas de las calles, jugaban de azar y robaban en los mercados. Si trataba de acercarlos se volvían desconfiados y desdeñosos. Pero en sus ojos Don Bosco no leía crueldad sino miedo. Tenía que hacer algo, y pronto el Señor se lo habría hecho comprender.

Un incidente raro

Desde el inicio de su permanencia en el Convictorio, Don Bosco se hizo amigo de algunos muchachos que comenzaron a seguirlo por todos lados, aunque él no tuviera ni siquiera un cuarto donde reunirlos ni una idea clara de lo que habría hecho después con ellos. Como de costumbre, el Señor obra a través de coincidencias. La Providencia quiso que, en el mes de diciembre, un incidente raro ayudara a nuestro sacerdote a ver el comienzo de su camino.

El día de la Inmaculada Don Bosco estaba revistiéndose para celebrar la misa, cuando el sacristán pidió hacer de acólito a un joven que se rehusó, diciendo que no sabía. El sacristán se puso furioso:

– Si no sabes ayudar misa, ¿para qué vienes a la sacristía?

Agarró la caña con que prendía las velas y comenzó a golpear al muchacho, que salió corriendo. Al ver la cosa, Don Bosco intervino:

– Pero, ¿qué hace? ¿Por qué le pega a ese chico? ¿Qué hizo de malo?

– ¡Viene a la sacristía y no sabe ni siquiera ayudar misa!

– ¿Y por esto hay que pegarle? Déjelo tranquilo, que es un amigo mío. Antes bien, llámelo en seguida. Necesito hablar con él.

El sacristán fue tras él a la carrera, lo alcanzó y lo trajo a Don Bosco que, gentilmente, le dijo:

– Hola, ¿ya oíste misa?

– No.

– Ven a oírla. Después debo hablarte de una cosa que ciertamente te gustará.

Terminada la misa, Don Bosco lo llevó a una capillita: deseaba hacerle cambiar la mala opinión que debía tener de los curas de esa iglesia.

– Entonces, amigo mío, ¿cómo te llamas?

– Bartolomé Garelli.

– ¿De donde vienes?

– De Asti.

– ¿Viven tus padres?

– No, han muerto los dos.

– ¿Cuántos años tienes?

– Dieciséis.

Bartolomé no sabía leer ni escribir y aún no había hecho la primera comunión, no iba al catecismo porque tenía miedo que los chicos más pequeños se burlaran de él. Don Bosco instintivamente le preguntó:

– Si te enseñara el catecismo a parte, ¿vendrías a escucharme?

– Con mucho gusto.

– ¿También aquí, en este sitio?

– ¡Si no me pegan!

Don Bosco lo tranquilizó, ni él ni sus amigos habrían aguantado golpes. Comenzó por enseñarle el signo de la cruz, que Bartolomé ya ni siquiera recordaba. Le habló del amor de Dios, de por qué nos ha creado. Ahora que había hecho experiencia de un amigo que se interesaba por él, podía explicarle mejor cuánto le interesaba a Jesús su amistad. Dijeron juntos una Ave María: Don Bosco siempre hizo coincidir el inicio del Oratorio con esa oración.

El primerísimo Oratorio

La semana siguiente Bartolomé ya no estaba solo, había seguido el consejo de Don Bosco: “La próxima vez trae contigo siquiera a otro amigo”, ¡todos los salesianos lo dicen! Y así continuó el catecismo que, poco a poco, se transformó en el Oratorio. Inicialmente Don Bosco invitaba a los muchachos salidos de la cárcel que le parecían más a riesgo pero, para hacerse ayudar a mantener el orden y proponer metas más altas, invitó también a buenos jóvenes instruidos y de óptima conducta. Este grupo, pese a las dificultades, se había amalgamado en tal forma que fue posible introducir lecturas y cantos que animaban los encuentros. En marzo de 1942 ya eran treinta y –a más de otros

aportes– supieron animar la misa de la Anunciación con cantos que agradaron muchísimo. Esa primavera uno de los primeros oratorianos, Carlos Buzzetti, trajo también a su hermanito José, de diez años. José se aficionó a Don Bosco como a un padre: lo seguirá en todas sus aventuras.

Gran parte de los muchachos eran albañiles, estucadores y picapedreros que venían de pueblos lejanos. El número crecía y la capillita se volvía estrecha. Don Guala, director del Convictorio, y Don Cafasso, dieron permiso de reunirse en el patio cercano. Consiguieron estampitas, así como panes que les quitaran el hambre a los que se quedaban a jugar después de la misa de Don Bosco. Cuando había confesiones, también los dos buenos sacerdotes se quedaban en el patio para asistir a los chicos, contando hechos amenos. El permiso duró tres años y no fue retirado nunca. El número de los oratorianos llegó a unos ochenta– más no podían caber en el pequeño patio– pero también otros habrían querido venir. Durante tres años, hasta 1844, el Oratorio quedó en el Convictorio.

En busca de la voluntad de Dios

Don José Comollo, tío de Luis, ya era anciano y necesitaba de alguien que lo ayudara a llevar adelante la parroquia de Cinzano: pensó pedir al Arzobispo que le mandara Don Bosco. Don Cafasso llamó a éste a su oficina y le dijo:

- Tus estudios han terminado, ahora hay que ir a trabajar. Hay tantas posibilidades en el campo del Señor, ¿qué estás dispuesto a hacer?

Don Bosco contestó:

- Lo que usted me indique.

Don Cafasso le dijo que, a más de Cinzano, había otras tres posibilidades: vicedecano en Buttigliera d’Asti, profesor de moral en el Convictorio y director del Hospitalillo para chicas enfermas fundado por la Marquesa de Barolo.

Puesto que Don Bosco se entregaba totalmente a la voluntad del director espiritual, éste le dijo que tomara algunas semanas de vacaciones. Al regreso lo llamó:

- Prepara la maleta y vete donde Don Borel a la Obra del Refugio, trabajarás allí. Serás también director del Hospitalillo.

La Marquesa de Barolo había fundado el Refugio en la zona de Valdocco, cerca del Cottolengo. La obra acogía a las chicas de la calle que deseaban rehacer su vida. Al lado se encontraba el Hospitalillo para muchachas enfermas, que Don Bosco habría debido dirigir. En los tres años transcurridos en el Convictorio había sido invitado varias veces a predicar allí algunos retiros por Don Borel, con quien desde tiempo estaba en óptimas relaciones. Admiraba a este buen sacerdote que se dedicaba con todas sus energías a salvar el mayor número posible de almas y que, a su llegada, le aseguró la posibilidad de llevar adelante el Oratorio festivo en el cuartito que le era destinado; cuando luego estuvieran listos los locales para los sacerdotes, habrían podido usar también éstos.

¿Sueños o visiones?

El 13 de octubre de 1844 Don Bosco habría debido comunicar a sus muchachos el traslado del Oratorio desde el Convictorio al Hospitalillo de Santa Filomena. Estaba muy preocupado: ¿cómo lo habrían tomado los oratorianos? ¿habrían reaccionado acudiendo de la misma forma? ¿se habría perdido un trabajo de tres años? Fue a dormir atormentado por estos pensamientos, pero durante la noche hizo otro sueño.

Esta vez ya no tenía nueve años, pero la situación era muy semejante. Un ejército de lobos feroces armaba un ruido espantoso. Don Bosco, asustado, quería huir, cuando apareció una pastorcita que lo invitó a guiar el rebaño siguiéndola a ella. El extraño grupo se detuvo tres veces y, en cada parada, muchas de las fieras se transformaban en mansos corderos. Al final del recorrido llegaron a un potrero donde los corderos que brincaban y pacían tranquilos eran muchísimos. La pastorcita invitó a Don Bosco a no detenerse y juntos alcanzaron un patio espacioso, mientras varios corderos se

transformaron en pastores permitiendo que el rebaño se multiplicara. Don Bosco miró con atención: vio aparecer una basílica majestuosa con una orquesta lista para tocar y un coro que se preparaba a animar la misa. En el interior de la iglesia había una gran faja blanca sobre la cual, en caracteres cubitales, estaba escrito: “*Ésta es mi casa. De aquí saldrá mi gloria*”. El sueño se concluyó con una última afirmación de la pastorcita:

– Comprenderás todo cuando veas con tus ojos lo que hoy has visto en sueño.

Se trata de la descripción puntual de lo que efectivamente sucederá y que narraremos en las páginas siguientes. Tal vez por esta razón Don Bosco, cuando ya parecía que su aventura con los jóvenes estaba a punto de fracasar, o cuando también sus más cercanos colaboradores lo consideraban loco, insistía contra todo y todos, diciendo:

– ¡No puede terminar así! Yo veo una iglesia grandísima, un Oratorio lleno de muchachos y tantos colaboradores que me ayudarán. ¡Estoy seguro!

Éxodo de casa de la Marquesa

El domingo Don Bosco dio la noticia a sus muchachos con el entusiasmo que lo caracterizaba. Para tranquilizarlos les prometió grandes locales y patios espaciosos. La semana siguiente los chicos fueron por las calles de Valdocco buscando al amigo :

– ¿Dónde está el Oratorio? ¿Dónde está Don Bosco?

Naturalmente nadie sabía nada. Don Borel y Don Bosco oyeron la bulla y corrieron a recibirlos. ¡Durante semanas cerca de doscientos bribonzuelos se encontraron en esos cuartitos, en las escaleras y en el patiecito de los dos buenos sacerdotes! Cualquiera comprende lo que puede significar cuidar de semejante número en un espacio tan estrecho. Don Bosco no se desalentó: preparó una capillita y comenzó a enseñar a leer y escribir a los mayores. Pero hacía falta dinero: eran necesarios libros, ropa para los más pobres, algún juego con que entretenerse, comida para la merienda. Una vez más un carácter orgulloso como el suyo tuvo que rebajarse a pedir limosna, en esta circunstancia en las casas de los ricos. Fue una de las cosas que más le costó, mas no podía evitarla y, con mucho esfuerzo, se humilló.

Todo parecía marchar a las mil maravillas, cuando estalló un conflicto entre santos. La Marquesa consideraba temporáneo el trabajo de Don Bosco con los chicos, en espera de tenerlo a disposición para sus obras; él, por su lado, pensaba exactamente lo contrario. No era posible seguir y, de común acuerdo, decidieron partir caminos. La Marquesa ayudará todavía a Don Bosco, pero él deberá hallar otra colocación: tras siete meses de paraíso ha llegado el primer desalojo.

Mientras tanto Don Bosco había descubierto cuánta paciencia era necesaria para trabajar con los muchachos. Fue entonces que decidió colocarse bajo la protección del santo de la dulzura y de la paciencia: desde ese momento el Oratorio llevará el nombre de San Francisco de Sales.

Primeras dos etapas: San Pedro en Cadenas y San Martín de los Molinos

Recibido el desahucio, Don Bosco encontró alojamiento en la iglesia de San Pedro en Cadenas, dedicada al Crucifijo. En cuaresma comenzó a llevar allí a los muchachos mayores para que escucharan el catecismo. El capellán Don Tesio quedó bien impresionado y aceptó la propuesta de que todo el Oratorio fuera trasplantado al patio de su iglesia. El pobre no imaginaba ver llegar un ejército de muchachos que corrían y gritaban como desesperados. La criada, espantada, comenzó a chillar y acusó a más no poder a Don Bosco que, lamentablemente, fue invitado por el capellán a no volver más.

El Oratorio volvió a reunirse en el Refugio. La Marquesa no dijo ni una palabra en contra. Pero recordó a Don Bosco que el 10 de agosto se inauguraría el Hospitalillo: a partir de aquel día, eso sí, sus muchachos se encontrarían con las puertas cerradas. Don Bosco tuvo que pedir ayuda al Municipio de Turín. El Arzobispo apoyaba el pedido y, afortunadamente, fue permitido al Oratorio trasladarse a la iglesia de San Martín de los Molinos.

De esta forma, un domingo de julio de 1945 una partida desordenada de muchachos desfiló por las calles de Turín llevando bancos, sillas, juegos, reclinatorios, cuadros, candelabros y otras cosas hacia la iglesia de los Molinos de la ciudad. El permiso duraba del mediodía a las tres de la tarde. Lo demás del tiempo lo habrían empleado en paseos. Los chicos comenzaban a desalentarse con tanto desalojo, pero el buen Don Borel sacó un sermón formidable que a todos les devolvió el buen humor: el sermón de las coles. Don Bosco lo cuenta más o menos así:

- Las coles, queridos chicos, para crecer con una cabeza bella y gruesa, deben ser trasplantadas. La misma cosa debemos decir de nuestro Oratorio. Ha sido trasplantado de un sitio a otro, pero con cada trasplante ha crecido. Los chicos que lo frecuentan son siempre más numerosos y contentos. En el primer patio hemos hecho una parada, como los que viajan en tren. En esas semanas todos han podido ver una ayuda: el juego, el catecismo, la explicación del Evangelio. En los prados vecinos hemos jugado alegremente. ¿Quedaremos mucho tiempo aquí? No lo sabemos. Como quiera, nosotros creemos que a nuestro Oratorio le sucederá como a las coles trasplantadas: crecerá el número de los muchachos que quieren volverse buenos, crecerá nuestra gana de cantar y de tocar. Si nosotros hoy, frecuentando el Oratorio, mejoramos nuestra conducta, Dios nos ayudará a crecer en el bien toda la vida.

El sermón funcionó maravillosamente y, al final, todos juntos cantaron un hermoso himno al Señor.

Uno de esos domingos Don Bosco repartió medallas de la Virgen. Los muchachos se amontonaron y, en un momento, ya no hubo medallas. Mientras las repartía, Don Bosco observaba al pequeño Miguel: apartado, sin ganas de meterse al montón, estaba triste porque dos meses antes había perdido al papá. El buen sacerdote se acercó y, con una gran sonrisa, hizo el gesto de partir algo y entregarle un pedazo:

- Toma, Miguelito, toma.
- ¿Qué debo tomar? No veo nada.
- ¡Nosotros haremos todo a medias!

Ese chico era Miguel Rua, primer salesiano, primer sucesor de Don Bosco.

Tercera etapa: casa Moretta

Lamentablemente también en los Molinos llegó el desahucio: ¡demasiada bulla! La gente del barrio ya no aguantaba, no se podía vivir tranquilos ni siquiera la tarde del domingo. Escribieron una carta al Municipio y el alcalde, a pesar suyo, tuvo que pedir al Oratorio otro trasplante.

Los domingos siguientes Don Bosco estaba siempre alegre, no dejaba ver a los muchachos su preocupación, podemos imaginar fácilmente cómo trataba de entusiasmarlos:

- Queridos muchachos, debo daros una buena noticia. Hoy vamos juntos hasta la iglesia de Superga. El que tiene miedo de no aguantar, levante la mano.

¡Naturalmente nadie tenía miedo de no aguantar! Habrían escalado las montañas con tal de seguirlo. Y así, llevándolos un domingo a Superga, otro a la Virgen del Pilar y otro al Monte de los Capuchinos, Don Bosco ganaba tiempo y esperaba que la Providencia le indicara lo que debía hacer. Pero en noviembre (de 1845) hacía frío y, junto con Don Borel, decidió alquilar tres cuartitos en la casa de Don Moretta. Allí podían reunir a los chicos, enseñar catecismo y dar a todos la posibilidad de confesarse. En ese invierno nacieron las primeras escuelas nocturnas, una novedad increíble en esos años. Don Bosco pensaba:

- No puedo dejar a mis muchachos en la ignorancia. Algunos de ellos son realmente brillantes, ¡quién sabe si un día llegan a ser buenos sacerdotes!

Se habló mucho de esta decisión: algunos eran favorables, otros contrarios. Comenzaron a correr voces raras acerca de Don Bosco. Decían:

- ¿No le parece que Don Bosco esté exagerando con esta manía de los chicos pobres?
- Sí, ¡dice que sabrá ayudarlos a todos! Cuenta que ve iglesias y construcciones donde logrará hospedarlos.
- Yo pienso que se haya vuelto loco.

– ¡En efecto! Debería hacerse curar o, a lo menos, descansar un buen rato.

Don Bosco sabía y sufría, pero seguía como si nada fuera. De no pensar él en sus muchachos, ¿quién lo hubiera hecho? Tal vez, en los momentos de mayor desaliento, volvía a recordar las palabras de la madre:

– Juan, recuerda que comenzar a decir misa significa comenzar a sufrir.

Mientras tanto los párrocos de Turín, no logrando hacerlo personalmente, le concedieron el permiso de seguir trabajando con esos chicos sin parroquia. ¡Finalmente una buena noticia!

La alegría duró poco: en la primavera de 1846 los inquilinos obligaron al buen Don Moretta a deshacerse del Oratorio.

Prado Filippi

Don Bosco alquiló entonces un prado a los hermanos Filippi: el Oratorio estaba sin techo, pero afortunadamente era primavera. Para las confesiones, la orilla de una acequia sustituía el reclinatorio y la cómoda silla de casa Moretta. Se oía misa en una de las iglesias cercanas y después se podía correr y jugar todo el tiempo. Pese a las dificultades, fueron meses hermosísimos, que los oratorianos recordaron con gusto por muchos años.

Con todo, los problemas no habían terminado. El Marqués Miguel de Cavour, jefe de la policía, trató de convencer a Don Bosco que terminara definitivamente su experiencia. Las famosas voces subterráneas, en efecto, lo habían convencido de la peligrosidad social de centenares de muchachos que obedecían ciegamente a un cura. Don Bosco no cedió pero, vuelto a casa, encontró la carta de despido de los hermanos Filippi. La Marquesa de Barolo insistía para que escogiera entre sus chicas y el Oratorio, Don Borel sugería trabajar solo con unos pocos muchachos más pequeños para no tener problemas con la justicia, Don Cafasso aconsejaba esperar.

Llegó de esta forma el último día en el prado Filippi. ¡Don Bosco no sabía qué hacer! Se apartó y comenzó a llorar en silencio. En ese momento llegó un cierto Pancrazio Soave que, tartamudeando, le dijo::

– ¿Es cierto que usted busca un sitio donde armar un laboratorio?

Don Bosco casi no lo creía. Se trataba de un pequeño cobertizo junto a la casa del Sr. Pinardi, aunque era demasiado bajo para sus exigencias. El buen hombre se encargó de modificarlo según las necesidades del Oratorio y de ceder en alquiler el prado de al lado. Estaba contento de tener capilla en casa y dijo:

– De acuerdo, trato hecho. El domingo próximo puede venir, estará todo listo.

¡Finalmente en casa!

Don Bosco no cabía en sí por la felicidad. Fue corriendo donde sus muchachos, los reunió y, con todo el entusiasmo de que era capaz, les anunció:

– ¡Albricias, chicos! Hemos encontrado el Oratorio del cual nadie ya nos echará! Tendremos iglesia, clases, patio para jugar. El domingo próximo vamos allá.

Los muchachos parecían haberse vuelto locos: corrían, saltaban y nadie lograba ya pararlos. Comenzaron a rezar el rosario para agradecer a la Virgen. Ella había guiado y sostenido a Don Bosco en esos años de sufrimientos y de vida errante; ahora, finalmente, le había encontrado casa.

FICHA DE REFLEXIÓN PARA JÓVENES Y ANIMADORES

La vida de San Juan Bosco ofrece numerosos motivos de reflexión. Es una mina que hay que saber valorizar, al respecto han sido escritos muchos subsidios, útiles para ahondar e imitar las virtudes naturales y sobrenaturales del santo¹. En esta ficha nos limitamos a **evidenciar algunos aspectos** que emergen de la lectura y meditación **de los años de la primera madurez de Don Bosco** (de los 26 a los 31). Después de haber leído las páginas que preceden, podemos focalizar nuestra atención sobre estas temáticas: *la vida como misión, la presencia de Jesús en la vida del cristiano, la necesidad de un guía espiritual.*

La vida como misión

Leyendo el párrafo “*La primera elección*” vemos al joven Don Bosco atravesar una fase importante de su vida. Se halla frente a una encrucijada.

- Ahora soy sacerdote, ¿qué debo hacer? ¿qué propuesta de trabajo debo aceptar? ¿y todos mis proyectos de tiempo atrás? Siento el deseo de ayudar a los muchachos de quienes nadie se preocupa, ¿pero cómo hacerlo?

Para hacer la elección justa tiene que **buscar unos criterios** que lo ayuden a discernir. Como primera cosa elimina inmediatamente:

- Las motivaciones vinculadas con el dinero.
- Las motivaciones vinculadas con su estado (maestro, vicepárroco).
- Las motivaciones vinculadas con el aprecio de los demás.

Decide pedir consejo y ponerse en las manos del director espiritual Don Cafasso, que le sugiere **seguir estudiando en vista de la misión.**

En realidad **la vida de todos los cristianos es una misión** y todos los jóvenes, antes o después, deben enfrentar ciertas preguntas. El punto es que, cualquier cosa yo esté llevado a hacer, deberé hacerla pensando difundir el bien y el mensaje del Evangelio en torno mío. No puedo fundar mis decisiones únicamente en criterios vinculados con el consumismo: tener más dinero, llegar a ser alguien, ser apreciado; aunque sea verdad que deberé sostener una familia y, por tanto, hará falta ganar dinero, esto no será todo.

Cualquier trabajo que el cristiano emprenda, del vendedor de frutas al profesor universitario, debe emprenderlo como cristiano, en modo honrado y generoso. Es en el lugar de trabajo que el Señor nos llama a evangelizar, no dando charlas sobre la Trinidad, sino cumpliendo nuestro deber en forma alegre y cabal. **Cualquier cosa elijas, recuerda que a través de ella el Señor te envía a cambiar el mundo.** Ser cristiano es cosa muy seria.

Algunas preguntas para la reflexión personal:

- ¿Qué puesto tiene Dios en mis proyectos para el futuro?
- ¿Qué espacio le puedo reservar?
- ¿Cuáles son los criterios que guían mis elecciones?

Don Bosco se empeñó a fondo en los tres años de estudio en el Convictorio Eclesiástico porque sabía que todo lo que estaba aprendiendo **era en función de los jóvenes que habría encontrado.** No estudiaba para aumentar su cultura o, peor, hacer alarde de ella, sino para servir mejor a sus

¹ En particular sugiero a jóvenes y animadores el breve texto de A.GIRAUDO, *Os escribo a vosotros jóvenes*, Editorial EDB, Madrid, 2006.

destinatarios: ha estudiado moral, y llegó a ser uno de los más grandes confesores del siglo; ha estudiado predicación, y se convirtió en un eminente predicador.

También los estudios universitarios que el joven cristiano emprende pueden ser considerados en función de la misión, si no totalmente, a lo menos en modo significativo. Lo que aprendes hoy, lo pondrás a servicio de los hermanos mañana.

- ¿Qué finalidad tienen mis estudios?
- ¿He pensado alguna vez en el bien que podré hacer mañana?

¿Qué espacio tiene Jesús en la vida del cristiano?

En la vida de Don Bosco **el principal protagonista es Jesús.**

Don Bosco vence el óscar como **mejor actor no protagonista**, Jesús es mejor actor, el Espíritu Santo es el director de escena que guía los acontecimientos, Dios Padre es el productor.

La grandeza de Don Bosco está en haber comprendido su papel. “Hazte humilde, fuerte y robusto”, era la recomendación recibida en el sueño de los nueve años. **Ser humildes** significa comprender que los dones que poseemos *los recibimos en préstamo* para llevar a cabo la misión de Jesús y no para aumentar nuestra popularidad. Significa dar espacio a Dios, dejar que sea Él quien actúa en nosotros.

Jesús era el centro de la vida de Don Bosco. De Él hablaba en todo lo que hacía.

Jesús perdonaba, Don Bosco confesaba; Jesús se había hecho pan, Don Bosco acercaba a los jóvenes a la Eucaristía. Les ha enseñado a amarlos y encontrarlos en los sacramentos. Lo hacía *en forma sencilla y alegre*. No volvía pesado el encuentro con el Señor, porque sabía que se trataba del encuentro determinante de la vida de sus muchachos.

Él mismo, desde la adolescencia, **frecuentaba con asiduidad Confesión y Comunión** reconociendo que, *sin sacramentos, no habría hecho ni siquiera la mitad de lo que había realizado.*

Leyendo la narración del encuentro con Bartolomé Garelli, en el párrafo “*Un incidente raro*”, constatamos que **Don Bosco hablaba siempre de Jesús.** En efecto le dice inmediatamente:

– Hola, ¿ya oíste misa?

Tras acogerlo paternamente, con demostraciones de afecto incondicionado, *como primera cosa le habla de Jesús* y le enseña algo de catecismo. *Solo después*, el domingo siguiente, **se dedicará a jugar con él** en el patio del Convictorio. A veces parece que se haga lo contrario, pensando: “Este chico no está preparado todavía para escuchar el anuncio de Jesús”. La pregunta espontánea es: “¿Cuánto está presente Jesús en la vida del animador que se expresa así?”. Pero naturalmente no todos somos todavía (¡!) Don Bosco, por tanto **no podemos sino tomar ejemplo de él y escuchar sus consejos.** Comencemos con algunas preguntas.

- ¿Conozco a Jesús de oídas o puedo decir que lo he encontrado?
- ¿He leído una vez un Evangelio del comienzo al final, o me he limitado al Evangelio escuchado en la misa?
- ¿A los chicos confiados a mí les hablo de Dios?

En busca de la voluntad de Dios

La vida de Don Bosco **parece llena de coincidencias.** Un viejo sabio decía: “*Las coincidencias son milagros en los que Dios guarda el anonimato*”. Cuando para su Oratorio parecía todo terminado, llega un hombre tartamudo que lo lleva al cobertizo Pinardi; cuando no sabía cómo ayudar a los chicos que lo rodeaban, aparece Bartolomé Garelli; cuando necesitaba treinta mil liras para comprar Casa Pinardi, llega mucho dinero. Esto porque **Don Bosco se había dado cuenta que era Dios quien guiaba la historia.** Se fiaba de su director espiritual Don Cafasso y todo lo que le

sucedía era ocasión de oración personal. Leía los acontecimientos a la luz del Señor y se dejaba guiar por la Providencia, pero –y me parece bastante claro– **Don Bosco nunca se quedó con las manos cruzadas esperando que la ayuda le lloviera del cielo.**

Dios guía también tu historia y también tú debes trabajar para buscar Su voluntad. Para lograrlo **puedes buscar a tu Don Cafasso** o, si prefieres, a tu Don Calosso, es decir, **a un guía espiritual.**

El guía espiritual

Como podemos leer en la primera parte de su vida, desde pequeño Juan Bosco había encontrado en Don Calosso a un óptimo guía espiritual:

“Me puse inmediatamente en las manos de Don Calosso. Le hice conocer todo mí mismo, le conté toda palabra, todo pensamiento. Aprendí entonces lo que significa tener un guía fijo, un amigo fiel del alma que hasta ese momento me había faltado. Me animó a frecuentar la confesión y la comunión, y me enseñó a hacer cada día una breve meditación. Nadie puede imaginar mi felicidad. Amaba a Don Calosso como un padre, lo servía con gusto en todo. Ese hombre de Dios me quería realmente”.

Durante los años de la adolescencia Juan se hizo guiar por algún buen sacerdote. Cuando tuvo que decidir si entrar o no en seminario, pidió consejo a Don Cafasso: quedó impresionado tan favorablemente que **desde ese momento se hizo guiar siempre por él.** Le abrió enteramente su corazón y, también al enfrentar dificultades muy graves, **los consejos del director espiritual se revelaron correctos.** De acuerdo: Don Cafasso no era un sacerdote cualquiera. Pío XI –que lo proclamó beato– lo definió “la perla del clero italiano”, mientras Pío XII –que lo proclamó santo– lo reconoció “un modelo de vida sacerdotal”. Pero si es cierto que el Espíritu Santo es el director de escena, podemos confiar y buscar también nosotros a un guía espiritual que nos ayude a hacernos santos.

Tratemos de reflexionar acerca de este aspecto de nuestra vida.

- ¿He pensado alguna vez que, si no recorro yo mismo un serio camino espiritual, *no puedo dar lo que no tengo* a los jóvenes que el Señor me confía?
- ¿He buscado alguna vez a un guía espiritual?
- ¿Me confieso regularmente?
- ¿Abro totalmente mi corazón, como Don Bosco a Don Cafasso, o guardo algo para mí?

Conclusión

Leer la vida de Don Bosco y reflexionar sobre estos aspectos puede ser una buena preparación al encuentro con él cuando estemos frente a la urna. Podemos llegar con alguna oración concreta. **Partiendo de su vida podemos luego interceptar la nuestra.** Podemos pedirle que nos ayude a colocar a Jesús en el centro de la nuestra, a purificar nuestras intenciones y los criterios de nuestras opciones. Podemos suplicarle que ilumine a nuestro guía espiritual o que nos ayude a encontrar a uno que sea tan válido como el suyo. Podemos pedirle que nos ayude a descubrir la voluntad de Dios acerca de nosotros.

Podemos decirle una infinidad de cosas, sería bueno llegar preparados.

Don Bosco fundador consolida su obra (1846–1869)

Una jornada en el Oratorio

El Arzobispo estuvo feliz de renovar todos los permisos al Oratorio: en la capilla Pinardi se podía administrar los sacramentos y celebrar la Eucaristía. Viendo esta benevolencia y la sede estable, los colaboradores que habían abandonado a Don Bosco empezaron a volver.

Temprano en la mañana, los días festivos, Don Bosco abría la pequeña iglesia y confesaba hasta la hora de la misa, en cuya homilía presentaba la Historia Sagrada. La narraba por episodios, en una forma sencilla y popular: los chicos la esperaban con alegría, de ella gustaban también los adultos y hasta los mismos sacerdotes. Después de la misa había clases hasta el mediodía. A la una, un poco de recreo y, a las dos y media, el catecismo. Se concluía con las vísperas y una breve charla que invitaba a los muchachos a practicar una virtud durante la semana. Seguía el tiempo libre en que todos podían jugar en el patio o, si querían, atender lecciones de canto o de lectura. Don Bosco se valía de estos larguísimos recreos para acercarse a los chicos, interesarse de su vida y decirles una buena palabra.

El Marqués de Cavour trató una vez más de acabar con el Oratorio, pero el Rey Carlos Alberto comunicó, a través de un delegado suyo:

- El Rey quiere que estas reuniones festivas sean ayudadas y protegidas. Si hay peligro de algún desorden, búsquese la forma de prevenirlo y de impedirlo.

Desde ese día los guardias del Rey frecuentaron el Oratorio en los días festivos. ¿Resultado? ¡También ellos se ponían en fila en el confesonario de Don Bosco!

La escuela para los chicos analfabetas no podía ciertamente bastar una vez por semana, ya desde tiempo Don Bosco la hacía cotidiana con la fórmula nocturna. Pero el problema eran los libros que, con excepción del catecismo, no eran accesibles para muchachos sencillos. Las homilías del domingo se transformaron entonces en la *Historia Sagrada para uso de las escuelas*, un libro de texto popular, rico de episodios útiles para los alumnos y capaz de poner en luz los elementos fundamentales de la fe. Nacieron además *El sistema métrico decimal simplificado* y *El joven instruido*. El estudio que, con interés y sudor, Juancito Bosco había realizado, daba ahora sus primeros frutos.

Don Bosco está mal

La jornada de Don Bosco era muy dura. Terminado el trabajo en el Hospital del Cottolengo y en el Refugio de la Marquesa, se quedaba levantado hasta muy avanzada la noche escribiendo libros para sus muchachos. Apenas podía, iba a verlos en las cárceles y en los sitios donde trabajaban. En fin: les dedicaba todo su tiempo. El exceso de esfuerzo amenazaba minar seriamente su salud. Don Borel lo envió a descansar donde un amigo suyo, párroco cerca de Superga, pero también allí los chicos iban a buscarlo.

- Al regreso – narra Don Bosco – fui víctima de una grave postración. Tuvieron que llevarme a la cama. Estaba seriamente enfermo. En ocho días me hallé entre la vida y la muerte.

En cuanto se supo la noticia, centenares de muchachos llegaron a su cabecera a pedir informes. Lloraban sin interrupción y no querían alejarse. Muchos de ellos hicieron sacrificios, ayunos y promesas a la Virgen. Y Ella los escuchó.

Esa enfermedad le cayó en julio de 1846, cuando vivía aún en el Refugio. Después habría pasado a Valdocco. Pero antes fue a los Becchi, para algunos meses de convalecencia en casa de sus familiares.

Mamá Margarita y la nueva familia

En poco tiempo mamá Margarita lo volvió a la normalidad. Los jóvenes seguían yendo a verlo también en los Becchi y, ahora que estaba mejor, debía volver. Habían quedado libres dos cuartitos en Casa Pinardi y quería alquilarlos. Conociendo a su madre se atrevió a decirle:

- Mamá, tengo que ir a vivir en Valdocco. Debería contratar a una persona de servicio, pero en esa casa habita gente de la que un sacerdote no puede fiarse. ¿Puedes venir tú?
- Si crees que ésta sea la voluntad del Señor, estoy lista para ir contigo.

Margarita hacía un sacrificio enorme. Allí donde estaba era una reina, los nietos que siempre había deseado la rodeaban de afecto, se trataba de una elección heroica. Metieron sus pocas cosas en una canasta y emprendieron el camino hacia Valdocco. Margarita transformó su ajuar de esposa en ornamentos y vestiduras litúrgicas para la capillita. Comenzó, junto con el hijo, a remendar la ropa de los pobres albañiles que pedían ayuda a Don Bosco, y a cuidarlos. El domingo era más hermoso en el Oratorio, ¡ahora los chicos tenían también una mamá!

Una noche lluviosa de mayo golpeó a la puerta un chico sobre los 15 años:

- Soy un pobre huérfano. Vengo de la Valsesia en busca de trabajo. Ya no tengo nada.
- ¿Y ahora dónde quieres ir? – le preguntó Don Bosco.
- No sé. Por favor, déjenme pasar la noche en un rincón.

El pobre rompió a llorar, también la buena mamá se conmovió. Don Bosco, tras asegurarse que no habría robado nada como ya había sucedido con otros, dijo:

- Mamá, si estás de acuerdo lo hacemos dormir aquí.
- ¿Aquí dónde?
- En la cocina.
- ¿Y si se lleva las ollas?
- Haré que no suceda.
- Entonces, de acuerdo.

Mamá Margarita, con un poco de paja, preparó una cama para el muchacho y, antes de acomodarle las frazadas, le enseñó algunas oraciones. Nacía en ese momento una familia que habría crecido enormemente y que se llama Familia Salesiana.

Como en el caso de Bartolomé, Don Bosco no quedó satisfecho con un huérfano solo. Pasando el tiempo el número de alumnos internos habría aumentado, la caridad de la gente lo habría ayudado a alquilar y a construir más cuartos que los habrían acogido en la nueva familia.

EL Oratorio crece

El Oratorio crece enormemente y, como una colmena, enjambra. De acuerdo con Don Borel, Don Bosco alquiló una pequeña casa junto a Porta Nuova y fundó el Oratorio de San Luis, que adoptó el mismo sistema y reglamento de Valdocco. Don Jacinto Carpano se encargó de tomar su dirección.

Gracias a Dios los colaboradores comenzaron a ser siempre más numerosos. Músicos insignes, como Don Nasi y Don Chiatellino, se unieron al Oratorio y dieron vida a un apreciado coro de voces blancas que se exhibía en las parroquias de Turín. La Alcaldía de la ciudad y varios bienhechores asignaron premios en dinero a estos muchachos, y también los huérfanos internos pudieron de esta forma tener alimentos y hospedaje.

Varias veces trataron de convencer a Don Bosco que se metiera en política, que llevara a sus jóvenes a mítines cívicos. Rehusó siempre, y siempre dirá:

- ¡Nuestra política es la del Padre nuestro!

Algunos muchachos no lo dejaban nunca, Miguel Rua y José Buzzetti los primeros: constantemente con él, lo ayudaban lo mejor que podían.

Contemplativo en la acción

Muchos se han preguntado con frecuencia:

- Con tanto trabajo, ¿cuándo encontraba Don Bosco el tiempo para su vida espiritual? ¿cuándo rezaba?

La respuesta, data en su momento también por el Papa Pío XI, es la siguiente: “¿Cuándo *no rezaba* Don Bosco?”. Don Bosco rezaba siempre. Estaba unido al Señor en todo lo que hacía, enseñaba a sus chicos a rezar antes, durante y después de cada acción importante del día. Soportar

el frío y el calor, aguantar descansados o cansados en un patio repleto de muchachos, eran las mortificaciones que recomendaba muchísimo a sus colaboradores:

- ¡No hagáis grandes mortificaciones! Cumplir bien con el deber cotidiano es ya un gran sacrificio. Es allí donde el Señor os espera cada día.

En la tarde dedicaba a lo menos una hora de adoración al Señor, ¡en ese momento no existía para nadie! Cuando caminaba o viajaba le rezaba a la Virgen. Al concluir la jornada, después de haber dado *las buenas noches* a sus muchachos, ya no hablaba hasta después de la misa de la mañana siguiente: era el tiempo del diálogo con el Señor. ¡Don Bosco nunca estaba solo!

Por esta razón le fueron concedidas gracias extraordinarias por centenares. Numerosos testigos, entre los cuales muchos de sus chicos y colaboradores adultos, lo vieron multiplicar castañas o panes, obtener curaciones milagrosas por intercesión de María Auxiliadora. Un hombre que no reza no puede hacer cosas semejantes.

Don Bosco era un contemplativo en la acción y así quería que fueran también sus salesianos.

Nuevos ambientes

A estas alturas los huérfanos aumentaban y los cuartitos resultaban siempre más chicos. Un día festivo, mientras Don Borel predicaba, Don Bosco se cruzó como de costumbre con el Sr. Pinardi.

- Un momento, Don Bosco: ¡debe comprarme toda la casa!
- Pero la suma que usted me pide es demasiado elevada.
- Ofrezca usted, entonces.
- La hice apreciar por un amigo común. Su valor está entre las 26 y las 28 mil liras. Le doy 30.
- Está bien: si me paga al contado, trato hecho.
- Al contado.
- Entonces, el pago entre quince días. ¡100 mil liras de multa a quien se echa atrás!
- ¡Está bien!

Treinta mil liras eran tantas. Pero la Providencia se las hizo llegar en pocos días. ¿Cómo podía saberlo? No lo sabía: confiaba en Dios.

Aún faltaba espacio, la iglesia era demasiado pequeña. Organizó una gran lotería, movilizó a los nobles de Turín, pidió ayuda a los obispos de las diócesis de los muchachos que acogía y, en 1851, se bendijo la primera piedra de la iglesia de San Francisco de Sales. En once meses fue construida, la inauguración resultó una fiesta increíble, los periódicos se hicieron eco durante días.

El Oratorio era una realidad y los bienhechores seguían apoyándolo. Los muchachos internos aumentaban, varios iban a trabajar afuera como aprendices donde artesanos profesionales. Don Bosco fue uno de los primeros en Italia que se preocupó de hablar con los dueños para que trataran bien a los muchachos, pidiéndoles medidas de seguridad, horas no excesivas de trabajo y el justo descanso. Firmaba él los contratos y, si no eran respetados, retiraba a los aprendices. Pronto se dio cuenta que afuera los chicos corrían muchos peligros morales, se perdía el trabajo hecho pacientemente cuando estaban en el Oratorio. ¿Qué hacer? Cuando joven había trabajado también él, era hora de volver a comenzar.

Talleres

Otros ambientes, otros bienhechores, otras humillaciones, pero todo por el bien de sus muchachos. En otoño de 1853 Don Bosco comenzó los talleres de zapatería y de sastrería. El mismo fue el primer maestro de taller: se sentó a la mesita y martilleó la suela delante de cuatro muchachitos. Pocos días más tarde cedió el puesto de maestro a un colaborador suyo. Los primeros maestros de sastrería fueron Don Bosco y, esta vez, también mamá Margarita. En 1854 abrió el taller de encuadernación, en 1856 la carpintería y, más tarde, la tipografía. Con el tiempo llegaron en casa verdaderos y auténticos maestros, que producían y enseñaban el oficio a los muchachos.

Los internos pasaban ya de 65, se escribió un reglamento para recibir solo a los huérfanos y a los más necesitados: el Oratorio no quería ser una “casa de obreros”, sino una verdadera casa de

educación. Junto a los artesanos hay los estudiantes, que no frecuentan ya la escuela nocturna sino la diurna: muchos de ellos se harán salesianos.

Lecturas católicas

En esos años hubo, gracias a nuevas leyes del estado, la emancipación de hebreos y protestantes y fue necesario instruir a la gente, en especial a los jóvenes. Los protestantes, en efecto, publicaban tres periódicos que confundían las ideas de los sencillos; además contaban con mucho dinero y daban ayudas a quienes frecuentaban sus escuelas y templos. Don Bosco inició entonces a escribir algunas páginas esquemáticas sobre la Iglesia Católica y a preparar pequeños carteles, impresos también en sus talleres, con el título *Recuerdos para los Católicos*. Tras el éxito de las primeras entregas, pasó al proyecto de las *Lecturas Católicas*, que harían un inmenso bien al pueblo.

Los protestantes trataron en varias ocasiones de matar a Don Bosco. Muchas veces fue asaltado en la calle y otras tantas se salvó. Cuando por la noche lo llamaban a confesar a algún enfermo grave, se hacía acompañar por José Buzzetti y otros muchachos ya grandes: con frecuencia fue necesario que ellos intervinieran para defenderlo de algún atentado.

Entró en acción hasta un misterioso perro, que Don Bosco llamó “el Gris” y que, en más de una circunstancia, lo salvó de gente malintencionada. El Gris aparecía y desaparecía a su gusto y nadie supo jamás de donde viniera. Más tarde Don Bosco dirá:

- Decir que sea un ángel haría reír. Pero no se puede tampoco decir que sea un perro ordinario.

Nacen los salesianos

En 1852 Don Bosco comenzó a hacer una serie de conferencias secretas a los mejores entre sus muchachos. Miguel Rua tenía 15 años. A diferencia de otros, no se asustaba cuando Don Bosco repetía que el Oratorio habría llegado a tener miles de muchachos, se habría trasplantado en toda Italia, y tras los Alpes, y hasta más allá de los océanos. En otoño de 1853 Don Bosco le dijo:

- Necesito que me eches una mano. Para la fiesta de la Virgen del Rosario vienes conmigo a la capillita de los Becchi. Allí el párroco de Castelnuovo te pondrá la sotana negra de los clérigos. Así, al comienzo del nuevo año escolar (1853-54) serás asistente y profesor de tus compañeros. ¿Estás de acuerdo?
- De acuerdo.

Una de esas tardes Miguel, pensativo, preguntó a Don Bosco:

- ¿Recuerda nuestro primer encuentro? Ud. había repartido medallas y para mí no quedó ninguna. Entonces hizo el gesto de darme la mitad de su mano. ¿Qué quiso decir con eso?
- ¿Todavía no has entendido? Quería decir que nosotros haremos a medias en todo, ¡hasta en las deudas! Pero también en el Paraíso.

El 26 de enero de 1854 cuatro jóvenes, que habían tomado parte a esas conferencias secretas, asumieron más seriamente el compromiso de servir a sus compañeros. En su libreta de apuntes Miguel Rua esa noche escribió: “En el cuarto de Don Bosco nos hemos reunido Rocchietti, Artiglia, Cagliero y Rua. Se nos ha propuesto hacer, con la ayuda del Señor y de San Francisco de Sales, una prueba de ejercicio práctico de caridad hacia el próximo. Más tarde haremos una promesa y luego, si será posible, un voto al Señor. A los que hacen esta prueba y la harán después se les dará el nombre de Salesianos”.

El 25 de marzo de 1855 Miguel Rua hizo voto de pobreza, castidad y obediencia en las manos de Don Bosco, fue el primer salesiano.

Don Bosco comenzó a escribir las reglas de la nueva Congregación y en febrero de 1858, por sugerencia del Arzobispo de Turín, fue a Roma donde lo recibió el Papa Pío IX, que bendijo su iniciativa y le dio preciosos consejos. El 18 de diciembre de 1859, en el cuartito de Don Bosco, se reunieron diecisiete de sus estrechos colaboradores. Los había preparado bien sobre los votos de pobreza, castidad y obediencia. Esa noche los profesaron frente al crucifijo y, de esta forma, dieron vida a la Congregación salesiana.

La Virgen regala diamantes

María Auxiliadora comenzó a bendecir más intensamente el trabajo de Don Bosco. Hizo algunos regalos especiales que podemos comparar a verdaderas y auténticas piedras preciosas. Entre todos los muchachos recibidos en el Oratorio y educados con el sistema que Don Bosco llamaba Preventivo, algunos se distinguieron no solo por la bondad no común, sino también por la extraordinaria santidad. Primero entre todos fue Domingo Savio. Se entregó a Don Bosco como si fuera un trozo de tela en las manos de un sastre y el resultado fue un hermosísimo traje digno del Señor. Don Bosco mismo escribió su vida y, cada vez que volvía a leerla, se conmovía hasta derramar lágrimas.

Después de él vino Miguel Magone, un terremoto que había encontrado en la estación de Carmagnola. Era el general de la banda de la Mano Negra, pero no era general de su propia vida. Don Bosco lo recibió en el Oratorio y siguió una sorprendente conversión. A los 150 años de la muerte todavía se habla de él, es amado porque numerosos granujillas se reconocen en su historia y ven que también ellos, con las enseñanzas de Don Bosco, pueden hacer grandes cosas.

Otros jóvenes realmente buenos pasaron por el Oratorio. Varios de ellos, al crecer, llegaron a ser verdaderos y auténticos santos.

Misma vida en Mornés

Don Bosco no pensaba solo en sus jóvenes. En las Obras de la Marquesa de Barolo había trabajado para chicas abandonadas y Pío IX lo invitó explícitamente a continuar haciéndolo. Esperaba dar con buenas colaboradoras que pudieran organizar, para el sector femenino, un proyecto semejante al suyo. A veces la Providencia nos asombra. Simplificando muchísimo el proceso, indicamos cómo lo hizo en este caso.

En Mornés, pueblo de las colinas del Monferrato, María Mazzarello y la amiga Petronila estaban viviendo una experiencia no lejana de la de Don Bosco: habían abierto un taller de costura para las chicas pobres y el domingo reunían a muchas otras para juegos y catecismo. Un día un papá les trajo a dos hijitas suyas: estaba solo y ya no podía cuidarlas. María y Petronila las tomaron consigo. Desde tiempo, guiadas por el óptimo vicepárroco Don Pestarino, habían emprendido un serio camino espiritual y creado, junto con otras chicas, el grupo de las “Hijas de la Inmaculada”.

Don Bosco vio que eran lo que estaba buscando. De acuerdo con Don Pestarino –que más tarde se hará salesiano– fundó en 1872, junto con María Mazzarello, la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora. Mazzarello será su primera superiora, morirá en 1881: en esa fecha sus religiosas ya habrán superado los confines de Italia y de Europa.

Se realizan los sueños

En 1863 Don Bosco abrió la primera casa salesiana fuera de Turín: le confiaron el pequeño seminario de Mirabello Monferrato. No pudiendo ir él mismo, enviará a Don Rua. Para él escribirá algunas páginas confidenciales que lo ayudarán a hacer un buen trabajo. Mientras tanto los jóvenes aumentan y la iglesia de San Francisco de Sales ya no basta. Don Bosco tiene que movilizar una vez más a los bienhechores, organizar loterías y pedir limosna a los ricos, ya no solo de Turín sino de muchos otros sitios que, a estas alturas, conocen y aprecian su obra. En marzo de 1864 se pone la primera piedra del santuario de María Auxiliadora de Valdocco: será consagrado el 9 de junio de 1868.

El 1° de marzo de 1869 la “Pía Sociedad Salesiana” fue aprobada por la Santa Sede.

Los sueños misteriosos, finalmente, comenzaban a realizarse.

FICHA DE REFLEXIÓN PARA EDUCADORES²

La oración del cristiano

Sobre la oración en estos últimos años se han escrito innumerables libros que llenan repisas enteras de las librerías religiosas. No nos parece posible, y ni siquiera necesario, decir algo más en estos pocos renglones. Pero podemos *ahondar la forma cómo rezaba Don Bosco*. Éste, si lo pensamos, puede también ser un sistema útil para conectarnos con su espiritualidad.

Comencemos con **un criterio general sobre la oración cristiana** según la reflexión de un grande teólogo salesiano, Don Jorge Gozzelino: “La calidad principal de la oración cristiana se resume en ser trinitaria y eclesial porque cristológica”. Es decir, *cada vez que el cristiano reza como enseña la Iglesia*, lo hace siguiendo **la doxología** proclamada por el presidente de la celebración durante la misa al final de la oración eucarística, ratificada por la asamblea con la respuesta “amén”:

“Por Cristo, con Cristo y en Cristo, a Ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y gloria, por los siglos de los siglos”.

Es el momento en que el pan y el vino, que son el cuerpo y la sangre de Jesús, son levantados por el sacerdote en nombre de la asamblea **como si quisiera que la tierra tocara el cielo**, para significar que *con esa oración la Iglesia celeste alaba a la Trinidad junto con la Iglesia terrena*.

En práctica, más nuestra oración se dirige al Padre a través de Cristo bajo la acción del Espíritu Santo, más estamos cerca de la acción de la Iglesia. **Don Bosco rezaba así**, tenía siempre a Jesús en los labios, hablaba a los jóvenes de la Eucaristía y los reconciliaba con Dios a través de la Confesión. **Su oración era cristocéntrica**. Lo prueba también el hecho de que fue un insuperable apóstol de la devoción a María Auxiliadora: la Virgen que sostiene en brazos al niño es la madre de Dios, ella más que nadie nos lleva al Padre a través del hijo.

Don Bosco ha inaugurado, o tal vez consolidado, **un aspecto nuevo, fascinante y particular de la oración cristiana**, ha sido sí cristocéntrico y trinitario, pero en una modalidad nueva: **contemplativo en la acción**. Es decir, ha reunido en un mismo acto el *amor hacia Dios* y el *amor hacia el prójimo* a través de *la gracia de la unidad entre vida interior y vida de acción*.

Pero Don Bosco ¿cuándo podía rezar?

En el siglo XIX muchos consideraban el trabajo como tiempo quitado a la oración. La causa de beatificación de Don Bosco fue retardada porque los adversarios sostenían que en su vida *la presencia de la “oración explícita” era demasiado reducida*. De cualquier forma uno la entienda, la oración explícita exige la interrupción de toda actividad externa para dedicar a ella tiempo de concentración, recogimiento y lugar adecuados. Los adversarios decían:

“Para alcanzar sus objetivos Don Bosco contaba mucho sobre su propia capacidad, iniciativa y actividad y se valía en forma total de cualquier medio humano. Más que ayuda divina buscaba apoyos humanos con inexplicable diligencia día y noche, hasta el límite de las fuerzas, y no podía atender a sus deberes de piedad”.

² Sacamos estas reflexiones, reelaborándolas, del famoso libro de BROCARDO PIETRO, *Don Bosco, profundamente hombre, profundamente santo*, CCS, Madrid, 1988. Es un texto utilísimo para ahondar la espiritualidad de Don Bosco y el carisma salesiano. El nivel es adecuado a formadores y educadores, pero también a animadores bien preparados.

Pero Don Bosco *se alejaba en forma decidida del modelo tradicional de los otros santos*, también solo turineses, como por ejemplo Don Cafasso su maestro, así como de Don Murialdo, el cual empleaba cuatro horas entre prepararse a la misa, celebrarla y agradecer.

Tener *una forma propia de oración* no es lo mismo que no rezar o rezar demasiado poco. El testimonio del tercer sucesor de Don Bosco, bienaventurado Felipe Rinaldi, constituyó un aporte determinante para resolver el problema. Don Rinaldi afirmó:

“Don Bosco fue realmente un hombre de Dios, **continuamente unido a Dios en la oración**. Cada día acostumbraba quedarse en su cuarto de 2 a 3 de la tarde y los superiores no permitían que durante ese tiempo fuera interrumpido. [...] No solo en el Oratorio, sino en Lanzo, en San Benigno, a donde iba con frecuencia, en Mathi y en la casa de San Juan Evangelista de Turín, donde muchas veces fui para hablar con él. Y a esa hora, en todas partes y siempre, *lo sorprendí cada vez recogido, con las manos juntas*, en meditación”.

Se puede decir, afirma otro estrecho colaborador, *“que rezaba siempre*; yo lo vi, podría decir, centenares de veces subir y bajar las escaleras constantemente en oración. También por la calle rezaba. En los viajes, cuando no corregía pruebas de imprenta, lo veía siempre en oración”. “En el tren –decía Don Bosco a los salesianos– *no quedéis jamás en ocio*: rezad el breviario y el rosario, o leed algún libro bueno”. En cualquier momento le pidieran consejos espirituales, los tenía listos *como si en ese instante estuviera saliendo de una conversación con Dios*.

Don Bosco daba a la oración una precedencia absoluta: “La oración, he aquí la primera cosa”. “No se comienza bien –decía– si no desde el cielo”. Aconsejaba rezar también durante la noche, si de repente uno se despertaba.

A los muchachos, por el contrario, les sugería una oración sencilla y lineal, popular en los contenidos, alegre y festiva en las expresiones, una oración al alcance de todos, de los niños y de los humildes.

Entonces a la pregunta: “Pero Don Bosco ¿cuándo podía rezar?”, podemos contestar con seguridad: “Pero Don Bosco ¿cuándo no rezaba?”.

Contemplativo en la acción

La vida de Don Bosco se compenetró con la oración en sus diversas expresiones. Ha sabido vivir toda actividad, desde la más sagrada a la más cotidiana y ferial, *como lugar de habitual encuentro con Dios*. Estaba tan unido a Dios que logró superar la separación entre vida espiritual por un lado y vida activa por otro. *No sentía*, cuando estaba con los chicos, *nostalgia por los tiempos destinados a la oración*. Este don especial se llama **gracia de unidad**.

Cuando por la noche, con mamá Margarita, *arreglaba la ropa* que los muchachos habían desgarrado durante el día, no añoraba otras actividades sacerdotales, no le parecía estar dividido entre oración y acción, no sentía nostalgia por no encontrarse en otra parte. **Aceptaba lo cotidiano y lo transfiguraba**, lo unificaba cabalmente con la gracia de la unidad entre vida interior y vida de acción, único movimiento de amor hacia Dios y hacia el próximo.

Es decir, estaba tan unido a Dios en el momento de la acción que *no añoraba la oración*, y tan unido a Dios en la oración *que no añoraba la acción*.

Algunos consejos prácticos

Para mantener la gracia de unidad Don Bosco siempre ha aconsejado el uso de JACULATORIAS. Se trata de la oración pura y breve de la tradición monástica que prolonga en el día la oración del coro, o de la mañana, si queremos. Los antiguos las consideraban el fruto más hermoso de la meditación de la Palabra, o de la escucha de la Palabra proclamada en la misa de la mañana, en nuestro caso. San Agustín las considera “veloces mensajes que parten hacia Dios”. San Francisco de Sales las

define “breves, pero ardientes arranques del corazón”. Don Bosco, de igual manera, las consideraba una síntesis de la oración mental y vocal de la mañana, “salen del corazón y llegan a Dios. Son flechas de fuego que envían a Dios los afectos del corazón y hieren a los enemigos del alma, las tentaciones, los vicios”.

Hoy podríamos considerarlas unos SMS que dirigimos a Dios, unas llamadas que dicen “Ayúdame en esta tentación”, “Perdóname por esta acción”, “Me acuerdo de Ti”, “Quédate conmigo”. En muchas ocasiones podemos rezar con sencillez:

“Señor, dame sabiduría”.

“Ayúdame a decirle una buena palabra a esta persona”.

Al hacer la genuflexión frente al Santísimo podemos decir: “Señor mío y Dios mío”, o: “Te adoro, Dios mío, te amo con todo el corazón”. Los salmos en este campo son una mina.

Otro método fructífero puede ser conseguir un pequeño misal con **LA PALABRA DE DIOS del día**, leerla antes de acostarse de manera que el último pensamiento de la jornada sea para Dios y la Palabra trabaje dentro de nosotros durante la noche. Leer por la mañana, al levantarnos, un párrafo del Evangelio y hacerlo vivir y actuar durante la jornada a través de las jaculatorias, significa imitar a María que “meditaba todas estas cosas en su corazón”.

Son consejos sencillos que muchos entre nosotros ya ponen en práctica pero que, tematizados y evidenciados, tal vez *pueden contribuir a reforzar la unión con Dios y la gracia de unidad que Don Bosco tanto nos ha recomendado*.

Algunas sugerencias para la reflexión:

- ¿Qué puesto tiene Dios en mi vida? ¿Es lo primero de que me preocupo?
- ¿Rezo durante mi jornada?
- ¿Hago el examen de conciencia por la noche antes de entregarme al sueño?
- ¿Qué puesto ocupa la Palabra de Dios en mi corazón?
- ¿La medito fuera de misa?
- ¿Consigo instrumentos adecuados para ahondarla, o vivo de renta?
- ¿Conozco realmente la vida de Don Bosco, o he leído solo un folleto de 20 paginitas?
- ¿Profundizo la espiritualidad salesiana?
- ¿Soy capaz de transfigurar mi vida?

Don Bosco anciano sostiene su obra (1869–1888)

Don Bosco en el mundo

Ya en el seminario de Chieri Don Bosco se sentía atraído por las misiones: deseaba llevar el Evangelio y su sistema educativo hasta los confines del mundo. Absorbido por tanto quehacer y por la fundación del Oratorio, durante años dejó de lado el proyecto. Pero entre 1871 y 1872 hizo un sueño misionero. Vio a una muchedumbre necesitada de ayuda que vivía en una inmensa llanura sin cultivar, a misioneros que trataban de socorrerla y que eran sacrificados ferozmente. Los salesianos, en el sueño, fueron los únicos que lograron instruir a esa gente y a sus hijos.

Mientras tanto comenzó a recibir muchos pedidos de obispos de otros continentes que deseaban contar con los salesianos. Aceptó la Patagonia porque, después de consultar mapas, la reconoció como la tierra del sueño.

El 11 de noviembre de 1875 nacen las Misiones Salesianas, que se extenderán después en todo el mundo. En el santuario de María Auxiliadora repleto de gente, Don Bosco entregó el crucifijo a los primeros diez misioneros que salían para América del Sur. Los guiaba Don Juan Cagliero, él también uno de los primeros chicos del Oratorio.

Los Salesianos Cooperadores

Don Bosco deseaba que su sistema educativo fuera llevado también a la sociedad laica, quería que sus salesianos entraran en las escuelas públicas y dondequiera se encontraran jóvenes no pertenecientes a sus obras. Inicialmente imaginaba en ese sentido la figura del coadjutor salesiano pero, en un segundo tiempo, comprendió que necesitaba dar vida a otra vocación: los salesianos cooperadores, que el mismo llamará “salesianos externos”. Se trata de personas que deciden seguir un reglamento de vida apostólica propuesto por el fundador, sin profesar los votos y llegando a ser, de esta forma, verdaderos y auténticos salesianos en el mundo.

El 9 de mayo de 1876 Papa Pío IX aprobó los “Salesianos Cooperadores”. Son los amigos de las obras de Don Bosco, que trabajan para la salvación de la juventud y lo ayudan con medios económicos. Don Bosco antes de morir les dirá: “Sin vuestra caridad, yo poco o nada habría podido hacer”.

En 1877, para comunicar con sus Cooperadores, que ya son centenares de miles, Don Bosco funda el “Boletín Salesiano”. Es una revista mensual ilustrada que lleva a todos las noticias de la Congregación, las cartas de los misioneros que trabajan en los límites del mundo, la palabra del fundador. Tendrá un desarrollo enorme.

Viajes en Europa

Pero, cuanto más las obras salesianas se propagaban en el mundo, tanto más exigían enormes sumas de dinero. Había que sostener las misiones de América y mantener a miles de jóvenes abandonados. Don Bosco ya era conocido y amado en gran parte de Europa y la fama de su santidad seguía extendiéndose. Muchas personas acudían a él pidiendo gracias y oraciones, el lo confiaba todo a María Auxiliadora, muchísimos eran escuchados.

En los últimos años de su vida se vio obligado a peregrinar por Italia, Francia y España en busca de limosnas, un trabajo agotador. La Virgen bendijo visiblemente también estos viajes: las manos de Don Bosco devolvían la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la salud a los enfermos. En toda Europa lo llamaban “el cura que hace los milagros”.

A su tiempo todo lo comprenderás

A inicios de mayo de 1887 terminó un último viaje a través de España, limosnando por encargo del Papa León XIII, que le había confiado la construcción de un templo al Sagrado Corazón en Roma. Estaba muy cansado, pero el 14 de ese mes se halló presente en la grande ceremonia de la consagración en la ciudad eterna.

El día siguiente subió al altar del hermoso templo para celebrar la misa. Acababa de iniciarla cuando el secretario, Don Viglietti, que lo asistía, lo vio romper a llorar: el llanto se repitió por quince veces durante la misa. Al final casi tuvieron que llevarlo a la sacristía, donde Don Viglietti le preguntó, sumamente preocupado:

– Don Bosco, ¿qué le pasa? ¿Se siente mal?

Don Bosco negó con la cabeza y contestó:

– Tenía ante lo ojos, viva, la escena de mi primer sueño, a los nueve años. Veía y escuchaba a mi mamá y a mis hermanos que discutían sobre lo que yo había soñado...

En ese lejano sueño la Virgen le había dicho: “A su tiempo todo lo comprenderás”. Ahora, mirando hacia atrás, le parecía comprender realmente todo.

Hacia el final del año Don Bosco se fue debilitando siempre más. Don Rua, vista la situación, envió un telegrama a Juan Cagliero, entonces obispo y misionero en Patagonia, que inmediatamente volvió a Turin.

Don Bosco murió al amanecer del 31 de enero de 1888. A los salesianos que velaban junto a su lecho, en los últimos instantes les murmuró:

– Decidles a mis muchachos que los espero a todos en el Paraíso.